

MUERTOS SIN SEPULTURA

Dos actos, cuatro cuadros

PERSONAJES

(por orden de entrada)

FRANÇOIS
SORBIER
CANORIS
LUCIE
HENRI
PRIMER MILICIANO
JEAN
CLOCHET
LANDRIEU
PELLERIN
CORBIER
SEGUNDO MILICIANO

DECORACIÓN

Primer cuadro. — *Un desván y todos los objetos heterogéneos que puede admitir: cochecito de niño, maleta vieja, etc... y un maniquí de costurera.*
Segundo cuadro. — *Un salón de clase, con un retrato de Pétain colgado en la pared.*
Tercer cuadro. — *El desván del primero.*
Cuarto cuadro. — *El salón de clase del segundo.*
Trájes de maquis y de milicianos.

MUERTOS SIN SEPULTURA se representó por primera vez en el Teatro Antoine (dirección Simone Berriau) el 8 de noviembre de 1946.

PRIMER CUADRO

Un desván iluminado por un tragaluz. Mezcolanza de objetos heterogéneos: valijas, un viejo bornillo, un maniquí de costurera. CANORIS y SORBIER están sentados, uno en una valija, el otro en un banquito viejo. LUCIE en el bornillo. Con esposas. FRANÇOIS camina de una punta a la otra. También con esposas. HENRI duerme, acostado en el suelo.

ESCENA I

CANORIS - SORBIER - FRANÇOIS - LUCIE - HENRI

FRANÇOIS. — ¿Vais a hablar de una vez?

SORBIER (*levantando la cabeza*). — ¿Qué quieres que digamos?

FRANÇOIS. — Cualquier cosa, con tal de que haga ruido.

Una música vulgar y chillona estalla de pronto. Es la radio del piso de abajo.

SORBIER. — Ahí tienes ruido.

FRANÇOIS. — Ése no: es el ruido de ellos. (*Reanuda la marcha y se detiene bruscamente.*) ¡Ah!

SORBIER. — ¿Qué pasa, ahora?

FRANÇOIS. — Ellos me oyen, se dicen: Ése es el primero que se pone nervioso.

CANORIS. — Bueno, pues no te pongas nervioso. Siéntate. Apoya las manos sobre las rodillas, las muñecas te dolerán menos. Y además cállate. Trata de dormir o piensa.

FRANÇOIS. — ¿A santo de qué?

CANORIS se encoge de hombros. FRANÇOIS reanuda la marcha.

SORBIER. — ¡François!

FRANÇOIS. — ¿Eh?

SORBIER. — Tus zapatos crujen.

FRANÇOIS. — Los hago crujir a propósito. (Una pausa. Se planta delante de SORBIER.) ¿Pero en qué podéis pensar?

SORBIER (levantando la cabeza). — ¿Quieres que te lo diga?

FRANÇOIS (lo mira y retrocede un poco). — No. No lo digas.

SORBIER. — Pienso en la chica que gritaba.

LUCIE (saliendo bruscamente de su sueño). — ¿Qué chica?

SORBIER. — La chica de la granja. La oí gritar mientras nos llevaban. El fuego estaba ya en la escalera.

LUCIE. — ¿La chica de la granja? No debías decírnoslo.

SORBIER. — Hay muchos otros que han muerto. Niños y mujeres.

SORBIER. — Pero no los oí morir. Es como si la chica gritara todavía. No podría guardarme sus gritos para mí solo.

LUCIE. — Tenía trece años. Murió a causa de nosotros.

SORBIER. — A causa de nosotros han muerto todos.

CANORIS (a FRANÇOIS). — Ya ves que era preferible no hablar.

FRANÇOIS. — Bueno, ¿y qué? Tampoco nosotros duraremos mucho. Dentro de un rato opinarás quizá que tuvieron suerte.

SORBIER. — No habían aceptado morir.

FRANÇOIS. — ¿Acaso yo había aceptado? No es culpa nuestra si el asunto falló.

SORBIER. — Sí. Es culpa nuestra.

FRANÇOIS. — Hemos obedecido órdenes.

SORBIER. — Sí.

FRANÇOIS. — Nos dijeron: "Suban allá y tomen la aldea". Les dijimos: "Es idiota, avisarán a los alemanes en veinticuatro horas".

Nos respondieron: "A pesar de todo suban y tómenla". Entonces dijimos: "Bueno". Y subimos. ¿Dónde está la culpa?

SORBIER. — Había que lograrlo.

FRANÇOIS. — No podíamos lograrlo.

SORBIER. — Lo sé. Había que lograrlo a pesar de todo. (Una pau-

sa.) Trescientos. Trescientos que no habían aceptado morir y que han muerto para nada. Están acostados entre las piedras y el sol los ennegrece; han de verse desde todas las ventanas. A causa de nosotros. Por nosotros, en esta aldea ya no hay más que milicianos, muertos y piedras. Será duro reventar con esos gritos en los oídos.

FRANÇOIS (gritando). — Déjanos tranquilos con tus muertos. Soy el más joven: no he hecho sino obedecer. ¡Soy inocente! ¡Inocente! ¡Inocente!

LUCIE (dulcemente. Desde el principio hasta el fin de la escena anterior ha conservado la calma). — ¡François!

FRANÇOIS (desconcertado, con voz blanda). — ¿Qué?

LUCIE. — Ven a sentarte a mi lado, hermanito. (El vacila. LUCIE repite con más dulzura todavía.) ¡Ven! (FRANÇOIS se sienta. LUCIE le pasa torpemente las manos encadenadas por el rostro.) ¿Qué calor tienes! ¿Dónde está tu pañuelo?

FRANÇOIS. — En mi bolsillo. No puedo atraparlo.

LUCIE. — ¿En este bolsillo?

FRANÇOIS. — Sí.

LUCIE bunde una mano en el bolsillo de la chaqueta, saca penosamente un pañuelo y le seca la cara.

LUCIE. — Estás empapado y tiembles; no hay que caminar tanto. FRANÇOIS. — Si pudiera quitarme la chaqueta...

LUCIE. — No lo pienses, pues es imposible. (FRANÇOIS tira de las espigas.) No, no esperes romperlas. La esperanza hace daño. Quédate tranquilo, haz como si estuvieras muerto; yo estoy muerta y tranquila, me reservo.

FRANÇOIS. — ¿Para qué? Para poder gritar más fuerte dentro de un rato. Qué economía mal entendida. Queda tan poco tiempo; quisiera estar en todas partes a la vez. Quiere levantarse.

LUCIE. — Quédate aquí.

FRANÇOIS. — Tengo que dar vueltas. Apenas me detengo, mi pensamiento es el que se pone a dar vueltas. No quiero pensar.

LUCIE. — Pobre chico,

FRANÇOIS (*se deja deslizar sobre las rodillas de LUCIE*). — Lucie, todo es tan duro. No puedo mirar vuestras caras: me dan miedo.

LUCIE. — Pon la cabeza sobre mis rodillas. Sí, todo es tan duro y tú eres tan pequeño. Si alguien pudiera sonreírte todavía, diciéndote: pobrecito mío. Antes me hacía cargo de tus penas. Pobrecito mío..., pobrecito mío... (*Se endereza bruscamente.*) No puedo más. La angustia me ha secado. No puedo llorar ya.

FRANÇOIS. — No me dejes solo. Me asaltan ideas que me dan vergüenza.

LUCIE. — Escucha. Hay alguien que puede ayudarte... No estoy completamente sola... (*Una pausa.*) Jean está conmigo; si pudiera...

FRANÇOIS. — ¿Jean?

LUCIE. — No lo han atrapado. Se dirige a Grenoble. Es el único de nosotros que vivirá mañana.

FRANÇOIS. — ¿Y qué?

LUCIE. — Irá a buscar a los otros, reanudarán el trabajo en otra parte. Y después terminará la guerra, vivirán en París, tranquilamente, con fotos de verdad en cédulas de verdad y las gentes los llamarán por sus verdaderos nombres.

FRANÇOIS. — Bueno, él tuvo suerte. A mí, ¿qué puede importarme?

LUCIE. — Cruza el bosque. Hay álamos allá, abajo, a lo largo del camino. Jean piensa en mí. Sólo queda él en el mundo para pensar en mí con esa dulzura. En ti también piensa. Jean piensa que eres un pobre chico. Trata de verte con sus ojos. Él puede llorar.

Llora.

FRANÇOIS. — Tú también puedes llorar.

LUCIE. — Lloro con sus lágrimas.

Una pausa. FRANÇOIS se levanta bruscamente.

FRANÇOIS. — Basta de comedia. Acabaré por odiarlo.

LUCIE. — Sin embargo lo querías.

FRANÇOIS. — No como lo querías tú.

LUCIE. — No. No como lo quería yo.

Pasos en el corredor. La puerta se abre. LUCIE se levanta bruscamente. El MILICIANO los mira, luego cierra la puerta.

SORBIER (*encogiéndose de hombros*). — Se divierten. ¿Por qué te levantas?

LUCIE (*volviendo a sentarse*). — Creí que venían a buscarnos.

CANORIS. — No vendrán tan pronto.

LUCIE. — ¿Por qué no?

CANORIS. — Están en un error: creen que la espera desmoraliza.

SORBIER. — ¿Un error? No es divertido esperar cuando uno imagina cosas.

CANORIS. — Por supuesto. Pero por otro lado tienes tiempo para recobrarte. La primera vez fué en Grecia, bajo Metaxas. Vinieron a detenerme a las cuatro de la mañana. Si me hubieran apretado un poco, habría hablado. De asombro. No me pidieron nada. Diez días después, emplearon los recursos decisivos, pero era demasiado tarde: habían errado el efecto de sorpresa.

SORBIER. — ¿Te molieron a golpes?

CANORIS. — ¡Vaya!

SORBIER. — ¿Puñetazos?

CANORIS. — Puñetazos, puntapiés.

SORBIER. — ¿Tenías..., tenías ganas de hablar?

CANORIS. — No. Mientras zurren la cosa puede marchar.

SORBIER. — ¿Eh?... Ah, puede marchar... (*Una pausa.*) ¿Pero cuando dan sobre las tibias o en los codos?

CANORIS. — No, no. Puede marchar. (*Suavemente.*) Sorbier.

SORBIER. — ¿Qué?

CANORIS. — No hay que tenerles miedo. Les falta imaginación.

SORBIER. — De mí es de quien tengo miedo.

CANORIS. — ¿Pero por qué? No tenemos nada que decir. Todo lo que sabemos, ellos lo saben. ¡Escuchad! (*Una pausa.*) No es en absoluto como uno se lo figura.

FRANÇOIS. — ¿Cómo es?

CANORIS. — No podría decírtelo. Mira, por ejemplo el tiempo me pareció corto. (*Ríe.*) Tenía los dientes tan apretados que me quedé tres horas sin poder abrir la boca. Era en Nauplia. Había un

tipo que llevaba botines a la antigua. Puntiguados. Me los asestaba en la cara. Unas mujeres cantaban bajo la ventana; recuerdo el canto.

SORBIER. — ¿En Nauplia? ¿En qué año?

CANORIS. — En el 36.

SORBIER. — Bueno, pues pasé por allí. Había ido a Grecia en el *Théophile Gautier*. Hacía *camping*. Vi la prisión; hay chumbe-
ras contra las paredes. ¿Así que estabas adentro y yo afuera?

(*Ríe.*) Es cómico.

CANORIS. — Es cómico.

SORBIER (*bruscamente*). — ¿Y si te trabajan bien?

CANORIS. — ¿Eh?

SORBIER. — ¿Si te trabajan bien con los aparatos? (CANORIS se *encoge de hombros*.) Me figuro que me defendería a fuerza de modestia. A cada minuto me diría: resisto otro minuto más. ¿Es un buen método?

CANORIS. — No hay método.

SORBIER. — ¿Pero cómo harías tú?

LUCIE. — ¿No podríais callaros? Mirad al niño; ¿os parece que le dais coraje? Esperad un poco, ellos se encargarán de enteraros.

SORBIER. — ¡Déjanos! ¡Que se tape las orejas si no quiere oír!

LUCIE. — ¿Y yo también tengo que taparme las orejas? No me gusta oír porque tengo miedo de despreciaros. ¿Necesitáis todas esas *palabras* para daros coraje? He visto morir a los *animales* y quisiera morir como ellos: *¡en silencio!*

SORBIER. — ¿Quién te habló de morir? Conversamos sobre lo que nos harán *antes*. Es imprescindible prepararse.

LUCIE. — No quiero prepararme. ¿Por qué había de vivir dos veces esas horas que vendrán? Mirad a Henri: duerme. ¿Por qué no dormir?

SORBIER. — ¿Dormir? ¿Y que vengan a despertarme con una sacudida? No quiero. No tengo tiempo que perder.

LUCIE. — Entonces piensa en lo que amas. Yo pienso en Jean, en mi vida, en el niño, cuando estaba enfermo y yo lo cuidaba en

un hotel de Arcachon. Había pinos y grandes olas verdes que veía desde mi ventana.

SORBIER (*irónicamente*). — ¿Olas verdes, de veras? Te digo que no tengo tiempo que perder.

LUCIE. — Sorbier, no te reconozco.

SORBIER (*confuso*). — ¡Bueno! Son los nervios; tengo nervios de señorita. (*Se levanta y se acerca a ella.*) Cada uno se defiende a su manera. No valgo nada cuando me pescan desprevenido. Si pudiera sentir el dolor por adelantado —sólo un poquitito, para reconocerlo al pasar— estaría más seguro de mí. No es culpa mía; siempre he sido minucioso. (*Una pausa.*) Si quieres que me calle... FRANÇOIS. — Déjalos hablar. Lo que importa es el ruido que hacen. LUCIE. — Como queráis.

Un silencio.

SORBIER (*en voz más baja*). — ¡Eh, Canoris! (CANORIS levanta la cabeza.) ¿Conociste gente que hubiera soltado la lengua?

CANORIS. — Sí, la conocí.

SORBIER. — ¿Y qué?

CANORIS. — ¿Qué puede importarte si no tenemos nada que decir?

SORBIER. — Quiero saber. ¿Se aguantaban?

CANORIS. — Depende. Hubo uno que se disparó en la cara con un fusil de caza; sólo consiguió cegarse. Yo lo encontraba a veces en las calles del Pireo, guiado por una armenia. Él pensaba que había pagado. Cada uno decide para sí si ha pagado o no. Despachamos a otro en una feria en el momento en que compraba lúculos. Desde que había salido de la cárcel se había aficionado a los lúculos porque eran azucarados.

SORBIER. — Suertudo.

CANORIS. — ¡Hum!

SORBIER. — Si yo cantara, me sorprendería consolarme con azúcar.

CANORIS. — Uno lo dice. No se puede saber antes de haberlo pasado.

SORBIER. — De todos modos no creo que me gustara mucho después. Creo que iría a descolgar el fusil de caza.

FRANÇOIS. — Yo prefiero los lúculos.

SORBIER. — ¡François!

ANÇOIS. — ¿Qué François? ¿Acaso me advertisteis cuando me uní a vosotros? Me dijisteis: la Resistencia necesita hombres, no que necesitaba héroes. ¡Yo no soy un héroe, no soy un héroe! ¡No soy un héroe! Hice lo que me ordenaron: distribuí folletos y transporté armas, y decíais que yo estaba siempre de buen humor. Pero nadie me enteró de lo que me esperaba al final. Os juro que nunca supe a qué me comprometía.

SORBIER. — Lo sabías. Sabías que a René lo habían torturado. FRANÇOIS. — No lo pensaba nunca. *(Una pausa.)* A la chica que murió la compadecéis, decís: ha muerto por culpa nuestra. Y si yo hablara cuando me quemasen con los cigarros, diríais: es un cobarde, y me tenderíais un fusil de caza, a menos que me disparéis por la espalda. Sin embargo, sólo tengo dos años más que ella.

SORBIER. — Hablaba para mí.

CANORIS *(acercándose a François)*. — Tú no tienes ningún deber, François. Ni deber ni consigna. No sabemos nada, no tenemos nada que callar. Que cada uno se las arregle para no sufrir demasiado. Los medios no tienen importancia.

FRANÇOIS *se calma poco a poco pero permanece postrado*. Lucien lo estrecha contra sí.

SORBIER. — Los medios no tienen importancia... Evidentemente. Grita, llora, suplica, pídeles perdón, hurga en tu memoria para encontrar algo que confesarles, alguien a quien entregarles: qué importa; no hay nada que arriesgar; no encontrarás nada que decir; todas las pequeñas suciedades permanecerán estrictamente confidenciales. Quizá sea mejor así. *(Una pausa.)* No estoy seguro.

CANORIS. — ¿Qué quisieras? ¿Saber un nombre o una fecha para poder negarlos?

SORBIER. — No sé. Ni siquiera sé si podría callarme.

CANORIS. — ¿Y entonces?

SORBIER. — Quisiera conocerme. Sabía que iban a acabar por atraerme y que un día, al pie de la pared, me encontraría frente a mí mismo, sin recursos. Pensaba: ¿resistirás? Es mi cuerpo el que me inquieta, ¿comprendes? Tengo un maldito y sucio cuerpo

con nervios de mujer. Bueno, pues llegó el momento, van a tra-bajarme con sus instrumentos. Pero me han estafado: voy a sufrir para nada, moriré sin saber lo que valgo.

La música se detiene. Todos se sobresaltan y prestan atención.

HENRI *(despertándose bruscamente)*. — ¿Qué pasa? *(Una pausa.)* La polka ha terminado, ahora nos toca bailar, me imagino. *(La música prosigue.)* Falsa alarma. Es curioso que les guste tanto la música. *(Se levanta.)* Soñé que bailaba, en Schéhérazade. ¿Sabéis? Schéhérazade, en París. Nunca estuve. *(Se despierta lentamente.)* Ah, estáis ahí..., estáis ahí... ¿Quieres bailar, Lucie?

LUCIE. — No.

HENRI. — ¡Las esposas os lastiman a vosotros también? La carne ha de haberse hinchado mientras dormía. ¿Qué hora es?

CANORIS. — Las tres.

LUCIE. — Las cinco.

SORBIER. — Las seis.

CANORIS. — No sabemos.

HENRI. — Tú tenías un reloj.

CANORIS. — Me lo rompieron sobre la muñeca. Lo seguro es que dormiste largo rato.

HENRI. — Es tiempo que me han robado. *(A CANORIS.)* Ayúdame. *(CANORIS pone las manos como estribo; HENRI se encarama hasta el tragaluz.)* Son las cinco por el sol; Lucie tenía razón. *(Baja.)*

La alcaidía arde aún. ¿Así que no quieres bailar? *(Una pausa.)* Detesto esa música.

CANORIS *(con indiferencia)*. — ¡Bah!

HENRI. — Han de oírla desde la granja.

CANORIS. — Ya no hay nadie para oírla.

HENRI. — Lo sé. Entra por la ventana, gira por encima de los cadáveres. La música, el sol: cuadro. Y los cuerpos están completamente negros. ¡Ah! Erramos bien el golpe. *(Una pausa.)* ¿Qué le pasa al chico?

LUCIE. — No está bien. Hace ocho días que no pega los ojos. ¿Cómo has hecho para dormir?

HENRI. — Algo que vino por sí mismo. Me sentí tan solo que me

dió sueño. (Ríe.) Estamos olvidados de la tierra entera. (Acerándose a François.) Pobre mocosito... (Le acaricia el pelo y se detiene bruscamente. A Canoris.) ¿Dónde está nuestra culpa?

CANORIS. — No sé. ¿Qué importa?

HENRI. — Hubo culpa; yo me siento culpable.

SORBIER. — ¿Tú también? ¡Ah! Me alegro mucho: me creía solo.

CANORIS. — ¡Oh! Bueno: yo también me siento culpable. ¿Y cuál es la diferencia?

HENRI. — No hubiera querido morir en falta.

CANORIS. — Pero no te devanes los sesos; estoy seguro de que los compañeros no nos reprocharán nada.

HENRI. — Me importan un cuerno los compañeros. Las cuentas son sólo conmigo ahora.

CANORIS (chocado, secamente). — ¿Entonces? ¿Quieres un confesor?

HENRI. — Al diablo el confesor. Las cuentas son sólo conmigo ahora. (Una pausa; como para sí.) Las cosas no deberían haber tomado este giro. Si pudiera encontrar la falta...

CANORIS. — Adelantarías mucho.

HENRI. — Podría mirarla de frente y decirme: Muero por esto. ¡Dios mío! Un hombre no puede reventar como una rata, para nada y sin chistar.

CANORIS (encogiéndose de hombros). — ¡Bah!

SORBIER. — ¿Por qué te encoges de hombros? Tiene el derecho de salvar su muerte, es todo lo que le queda.

CANORIS. — Seguro. Que la salve, si puede.

HENRI. — Gracias por el permiso. (Una pausa.) Harías bien en ocuparte de salvar la tuya: no tenemos demasiado tiempo.

CANORIS. — ¿La mía? ¿Por qué? ¿A quién serviría? Es un asunto estrictamente personal.

HENRI. — Estrictamente personal. Sí. ¿Y qué?

CANORIS. — Nunca he podido apasionarme por los asuntos personales. Ni por los ajenos ni por los míos.

HENRI (sin escucharlo). — Si por lo menos pudiera decirme que hice lo que pude. Pero sin duda es pedir demasiado. Durante

treinta años me he sentido culpable. Culpable porque vivía. Ahorra, arden esas casas por mi culpa, están esos muertos inocentes y voy a morir culpable. Mi vida sólo ha sido un error.

CANORIS se levanta y se dirige hacia él.

CANORIS. — No eres modesto, Henri.

HENRI. — ¿Qué?

CANORIS. — Te perjudicas porque no eres modesto. Yo creo que hace mucho tiempo que hemos muerto: en el momento preciso en que dejamos de ser útiles. Ahora nos resta un pedacito de vida póstuma, algunas horas por matar. Ya no te queda otra cosa que hacer fuera de matar el tiempo y de charlar con tus vecinos. Déjate estar, Henri, descansa. Tienes derecho a descansar puesto que nada más podemos hacer aquí. Descansa: ya no contamos, somos muertos sin importancia. (Una pausa.) Es la primera vez que me reconozco derecho a descansar.

HENRI. — Es la primera vez después de tres años que me encuentro frente a mí mismo. Me daban órdenes. Obedecía. Me sentía justificado. Ahora nadie puede ya darme órdenes y nada puede ya justificarme. Un trocito de vida de más: sí. Justo el tiempo necesario para ocuparme de mí. (Una pausa.) Canoris, ¿por qué morimos?

CANORIS. — Porque nos habían encargado una misión peligrosa y no tuvimos suerte.

HENRI. — Sí, es lo que pensarán los compañeros, es lo que dirán los discursos oficiales. Pero tú, ¿qué piensas?

CANORIS. — Yo no pienso nada. Viví para la causa y siempre preví que tendría una muerte como ésta.

HENRI. — Vivías para la causa, sí. Pero no vengas a decirme que mueres por ella. Quizá si hubiéramos tenido éxito y si hubiéramos muerto en la acción, quizá entonces... (Una pausa.) Morimos porque nos han dado órdenes idiotas, porque las hemos ejecutado mal y nuestra muerte no es útil a nadie. La causa no necesitaba que atacaran esta aldea. No lo necesitaba porque el proyecto era irrealizable. La causa jamás da órdenes, jamás dice nada; somos nosotros los que decidimos sus necesidades. No hablemos de la

causa. Aquí, no. Mientras se puede trabajar por ella, está bien. Después hay que callarse y sobre todo no utilizarla para consuelo personal. Nos ha desechado porque somos inutilizables; encontrará otros que la sirvan; en Tours, en Lila, en Carasona, las mujeres están haciendo los niños que nos reemplazarán. Intentamos justificar nuestra vida y erramos el tiro. Ahora vamos a morir y nos convertiremos en muertos injustificables.

CANORIS (*con indiferencia*). — Si lo quieres. Nada de lo que pasa entre estas cuatro paredes tiene importancia. Espera o desespera: no resultará nada.

Una pausa.

HENRI. — Si por lo menos nos quedara algo que emprender. Cualquier cosa. O cualquier cosa que ocultarles... ¡Bah! (*Una pausa.*)

(A CANORIS.) ¿Tú tienes mujer?

CANORIS. — Sí. En Grecia.

HENRI. — ¿Puedes pensar en ella?

CANORIS. — Lo intento. Es lejos.

HENRI (a SORBIER). — ¿Y tú?

SORBIER. — Tengo a mis viejos. Me creen en Inglaterra. Supongo que ahora se sientan a la mesa; cenan temprano. Si pudiera decirme que van a sentir, de golpe, un ligero encogimiento en el corazón, algo como un presentimiento... Pero estoy seguro de que están completamente tranquilos. Me esperarán durante años, cada vez con más tranquilidad, y me moriré en sus corazones sin que se den cuenta. Mi padre ha de hablar del jardín. Siempre hablaba del jardín, en la cena. Dentro de un rato irá a regar las coles. (*Suspira.*) ¡Pobre viejo! ¿Por qué había de pensar en ellos?

No sirve de nada.

HENRI. — No. No sirve de nada. (*Una pausa.*) Con todo, preferiría que mis viejos vivieran aún. No tengo a nadie.

SORBIER. — ¿A nadie en el mundo?

HENRI. — A nadie.

LUCIE (*vivamente*). — Eres injusto. Tienes a Jean. Todos tenemos a Jean. Era nuestro jefe y piensa en nosotros.

HENRI. — Piensa en ti porque te quiere.

LUCIE. — En todos nosotros.

HENRI (*dulcemente*). — ¡Lucie! ¿Acaso hablábamos mucho de nuestros muertos? No tenemos tiempo de enterrarlos, ni siquiera en nuestros corazones. (*Una pausa.*) No. No falta en ninguna parte, no dejó vacío. Los subterráneos están abarrotados, los restaurantes atestados, las cabezas atiborradas de pequeñas preocupaciones hasta crujir. Me he deslizado fuera del mundo y el mundo permanece lleno. Como un huevo. Hay que convencerse de que no era indispensable. (*Una pausa.*) Hubiera querido ser indispensable. Para algo o para alguien. (*Una pausa.*) A propósito, Lucie, yo te quería. Te lo digo ahora porque ya no tiene importancia.

LUCIE. — No. Ya no tiene importancia.

HENRI. — Y esto es todo. (*Se ríe.*) Era en verdad completamente inútil haber nacido.

La puerta se abre. Entran unos MILICIANOS.

SORBIER. — Buenos días. (A HENRI.) Nos han hecho la misma tres veces mientras dormías.

EL MILICIANO. — ¿Eres tú el que se hace llamar Sorbier?

Silencio.

EL MILICIANO. — Síguenos.

Nuevo silencio.

SORBIER. — Después de todo, me da lo mismo que empiecen por mí. (*Una pausa. Camina hacia la puerta.*) Me pregunto si voy a conocerme. (*En el momento de salir.*) Es la hora en que mi padre riega sus coles.

ESCENA II

Los MISMOS, menos SORBIER

Sigue un largo silencio.

HENRI (a CANORIS). — Dame un cigarrillo.

CANORIS. — Me los han llevado.

HENRI. — Paciencia.

La música toca una java.

HENRI. — Bueno, bailamos ya que quieren que bailemos.

LUCIE. — *Te he dicho que no.*

HENRI. — Como quieras. No faltan bailarinas.

Se acerca al maniquí, alza las manos encadenadas y las desliza a lo largo de los hombros y de los costados del maniquí. Luego empuja a bailar teniéndolo apretado contra sí. La música cesa. HENRI se detiene, deja el maniquí y levanta lentamente el brazo para desprenderse.

HENRI. — Han empezado.

Escuchan.

CANORIS. — ¿Oyes algo?

HENRI. — Nada.

FRANÇOIS. — ¿Qué crees que le hacen?

CANORIS. — No sé. *(Una pausa.)* Quisiera que resistiese. Si no, se hará mucho más daño del que le harán.

HENRI. — Forzosamente resistirá.

CANORIS. — Quiero decir, desde adentro. Es más difícil cuando no se tiene nada que decir.

Una pausa.

HENRI. — No grita, ya es un hecho.

FRANÇOIS. — Quizá lo interroguen, simplemente.

CANORIS. — ¿Te parece?

SORBIER *aílla*. *Se sobresaltan.*

LUCIE *(con voz rápida y demasiado natural)*. — Ahora Jean debe de haber llegado a Grenoble. Me extrañaría que hubiera empleado más de quince horas. Ha de sentirse raro: la ciudad está tranquila, hay gente en las terrazas de los cafés y Vercors no es más que un sueño. *(La voz de SORBIER crece. La de LUCIE sube.)* Pienso en nosotros, oye la radio por las ventanas abiertas, el sol brilla sobre las montañas, es una linda tarde de verano. *(Gritos más fuertes.)* ¡Ah! *(LUCIE se deja caer sobre una maleta y solloza repitiendo):*

Una linda tarde de verano.

HENRI *(a CANORIS)*. — Yo no gritaré.

CANORIS. — Será un error. Es un alivio.

HENRI. — No podría soportar la idea de que me estáis oyendo y de que ella llora encima de mi cabeza.

FRANÇOIS *empieza a temblar*.

FRANÇOIS *(al borde de la crisis)*. — No creo..., no creo...

Pasos en el corredor.

CANORIS. — Calla, pequeño, ahí están.

HENRI. — ¿A quién le toca turno?

CANORIS. — A ti o a mí. Guardarán a la mujer y al chico para el final. *(La llave gira en la cerradura.)* Quisiera que fuese el mío. No me gustan los gritos ajenos.

La puerta se abre, empujan a JEAN en la habitación. No tiene esposas.

ESCENA III

Los mismos y JEAN

Entorna los ojos al entrar para acomodarse a la penumbra. Todos se han vuelto hacia él. EL MILICIANO sale cerrando la puerta tras sí.

LUCIE. — ¡Jean!

JEAN. — ¡Callate. No pronuncies mi nombre. Ven aquí, contra la pared; quizá nos miran por una rendija de la puerta. *(La mira.)*

¡Estás aquí! ¡Estás aquí! Pensé que no volvería a verte nunca. ¿Quién está ahí?

CANORIS. — Canoris.

HENRI. — Henri.

JEAN. — Os veo mal. ¿Pierre y Jacques han...?

HENRI. — Sí.

JEAN. — ¿El mocoso está también aquí? Pobre chico. *(En voz baja y rápida.)* Esperaba que hubierais muerto.

HENRI *(riendo)*. — Hicimos lo que pudimos.

JEAN. — Me lo sospecho. *(A LUCIE.)* ¿Qué tienes?

LUCIE. — ¡Oh, Jean, todo ha terminado! Yo me decía: está en Grenoble, camina por las calles, mira las montañas... Y... y... ahora todo ha terminado.

JEAN. — No llores. Tengo todas las posibilidades de salir del paso.
 HENRI. — ¿Cómo te pescaron?
 JEAN. — Todavía no me han pescado. Caí en una de las patrullas, en el camino a Verdone. Dije que era de Cimiers; es un pueblecito del valle. Me trajeron aquí mientras van a ver si dije la verdad.
 LUCIE. — Pero en Cimiers van a...
 JEAN. — Tengo compañeros allá, que saben lo que tienen que decir. Saldré del paso. *(Una pausa.)* Tengo que salir; los compañeros no han sido avisados.
 HENRI *(silba)*. — Así es. *(Una pausa.)* Bueno, ¿y qué dices? Cómo nos pisamos, ¿eh?
 JEAN. — Volvemos a empezar en otra parte.
 HENRI. — Tú volverás a empezar.
Pasos en el corredor.
 CANORIS. — Apartaos. No deben vernos hablando con él.
 JEAN. — ¿Qué pasa?
 HENRI. — Traen a Sorbier.
 JEAN. — ¡Ah! Lo han...
 HENRI. — Sí. Empezaron con él.
Entran los MILICIANOS sosteniendo a SORBIER que se desploma sobre una valija. Los MILICIANOS salen.

ESCENA IV

Los MISMOS y SORBIER

SORBIER *(sin ver a JEAN)*. — ¿Me han tenido mucho tiempo?
 HENRI. — Una media hora.
 SORBIER. — ¿Una media hora? Tenías razón, Canoris. El tiempo pasa rápido. ¿Me habéis oído gritar? *(No responden.)* Naturalmente, me habéis oído.
 FRANÇOIS. — ¿Qué te hicieron?
 SORBIER. — Ya verás. Ya lo verás. No hay que ser tan apresurado.
 FRANÇOIS. — ¿Es... muy duro?

SORBIER. — No sé. Pero puedo decirte esto: me preguntaron dónde estaba Jean y de haberlo sabido lo hubiera dicho. *(Ríe.)* Ya veis: ahora me conozco. *(Todos callan.)* ¿Qué hay? *(Sigue la mirada de los demás. Ve a JEAN, pegado contra la pared, con los brazos separados.)* ¿Quién está ahí? ¿Es Jean?
 HENRI *(vivamente)*. — ¡Callate. Lo creen un muchacho de Cimiers.
 SORBIER. — ¿Un muchacho de Cimiers? *(Suspira.)* Suerte la mía.
 HENRI *(sorprendido)*. — ¿Qué es lo que dices?
 SORBIER. — Digo: suerte la mía. Ahora tengo algo que ocultarles.
 HENRI *(casi gozosamente)*. — Es cierto. Ahora tenemos todos algo que ocultarles.
 SORBIER. — Quisiera que me hubiesen matado.
 CANORIS. — ¡Sorbier! Te juro que no hablarás. No podrás hablar.
 SORBIER. — Te digo que entregaría a mi madre. *(Una pausa.)* Es injusto que un minuto baste para pudrir toda una vida.
 CANORIS *(dulcemente)*. — Hace falta mucho más de un minuto. ¿Crees que un minuto de debilidad puede pudrir la hora en que decidiste abandonarlo todo para unirte a nosotros? ¿Y esos tres años de coraje y de paciencia? ¿Y el día en que llevaste, a pesar de tu fatiga, el fusil y la mochila del chico?
 SORBIER. — No te gastes. Ahora lo sé. Sé lo que soy, de seguro.
 CANORIS. — ¿De seguro? ¿Por qué habías de ser más verdadero hoy, cuando te golpean, que ayer cuando te negabas a beber para dar tu parte a Lucie? No tenemos pasta para vivir siempre en el límite de nuestras fuerzas. En los valles también hay caminos.
 SORBIER. — Bueno. Y si cantara dentro de un rato, ¿podrías mirarme todavía a los ojos?
 CANORIS. — No cantarás.
 SORBIER. — ¿Pero y si lo hiciera? *(Silencio de CANORIS.)* Ya lo ves. *(Una pausa, se ríe.)* Hay tipos que morirán en su cama, con la conciencia tranquila. Buenos hijos, buenos esposos, buenos ciudadanos, buenos padres... ¡Ah! Son cobardes como yo y no lo sabrán jamás. Tienen suerte. *(Una pausa.)* ¡Pero hacedme callar! ¿Qué esperáis para hacerme callar?
 HENRI. — Sorbier, tú eres el mejor de nosotros.

SORBIER. — ¡Vete al infierno!
Pasos en el corredor. Se callan. La puerta se abre.
EL MILICIANO. — El griego, ¿dónde está?
CANORIS. — ¡Soy yo!
EL MILICIANO. — Date prisa.
CANORIS sale con el MILICIANO.

ESCENA V

Los mismos, menos CANORIS

JEAN. — Va a sufrir por mí.
HENRI. — Lo mismo da que sea por ti. Si no, sería por nada.
JEAN. — Cuando vuelva, ¿cómo podré soportar su mirada? (A LUCIE.) Dime, ¿me odias?
LUCIE. — ¿Tengo cara de odiarte?
JEAN. — Dame la mano. (Ella le tiende las manos encadenadas.) Me avergüenzo de no tener esposas. ¡Estás aquí! Yo me decía: por lo menos todo acabó para ella. Se acabó el miedo, se acabaron el hambre y el dolor. ¡Y estás aquí! Vendrán a buscarte y te traerán sosteniéndote casi.
LUCIE. — ¡Sólo habrá amor en mis ojos!
JEAN. — Tendré que oír tus gritos.
LUCIE. — Trataré de no gritar.
JEAN. — Pero el chico gritará. Gritará, estoy seguro.
FRANÇOIS. — ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! ¿Queréis volverme loco? ¡No soy un héroe y no quiero que me martiricen en tu lugar!
LUCIE. — ¡François!
FRANÇOIS. — Déjame en paz; yo no me acuerdo con él. (A JEAN.) Te odio, si quieres saberlo.
Una pausa.
JEAN. — Tienes razón.
Se dirige hacia la puerta.

HENRI. — ¡Eh, vamos! ¿Qué haces?
JEAN. — No acostumbro enviar a los muchachos a que revienten por mí.
HENRI. — ¿Quién avisará a los compañeros?
JEAN se detiene.
FRANÇOIS. — ¡Déjalo hacer! Si quiere denunciarse, no tienes derecho a impedirselo.
HENRI (a JEAN, sin preocuparse de FRANÇOIS). — Será magnífico cuando vengan por aquí creyendo que ocupamos la aldea. (JEAN vuelve sobre sus pasos con la cabeza baja. Se sienta.) Dame primero un cigarrillo. (JEAN le da un cigarrillo.) Dale uno también al chico.
FRANÇOIS. — Déjame tranquilo.
Vuelve al fondo.
HENRI. — Enciéndelo. (JEAN se lo enciende. HENRI aspira unas bocanadas; luego le acometen uno o dos sollozos nerviosos.) No te inquietes. Me gusta fumar pero ignoraba que podía causar tanto placer. ¿Cuántos te quedan?
JEAN. — Uno.
HENRI (a SORBIER). — Toma. (SORBIER toma el cigarrillo sin decir una palabra y aspira unas bocanadas; luego se lo devuelve. HENRI se vuelve hacia JEAN.) Me alegra que estés aquí. En primer lugar me has dado un cigarrillo, y luego serás nuestro último testigo. Irás a ver a los padres de Sorbier y escribirás a la mujer de Canoris.
LUCIE. — Mañana bajarás hacia la ciudad; llevarás en tus ojos mi último rostro viviente, serás el único en el mundo que lo conozca. No habrá que olvidarlo. Yo soy tú. Si vives, viviré.
JEAN. — Olvidarlo.
Avanza hacia ella. Se oyen pasos.
HENRI. — Quédate donde estás y calla: vienen. Me toca a mí, debo apresurarme, o no tendré tiempo de terminar. ¡Escucha! Si no hubieras venido, habríamos sufrido como animales sin saber por qué. Pero estás aquí y todo lo que va a pasar ahora tendrá un sentido. Vamos a luchar. No por ti solo; por todos los compa-

ñeros. Erramos el golpe pero quizá podamos salvar las apariencias.
(*Una pausa.*) Creí ser completamente inútil, pero ahora veo que hay algo para lo cual soy necesario; con un poco de suerte podré quizá decirme que no muero para nada.

La puerta se abre. CANORIS *aparece sostenido por dos MILICIANOS.*
SORBIER. — Él no gritó.

TELÓN

SEGUNDO CUADRO

Un salón de clase. Bancos y pupitres. Paredes enlucidas de blanco. En la pared del fondo, mapa de África y retrato de Pétain. Un pizarrón. A la izquierda una ventana. Al fondo una puerta. Aparato de radio en un estante, cerca de la ventana.

ESCENA I

CLOCHET - PELLERIN - LANDRIEU

CLOCHET. — ¿Pasamos al siguiente?

LANDRIEU. — Un minuto. Tomemos un bocado.

CLOCHET. — Tomadlo si queréis. Yo podría quizá interrogar a uno entretanto.

LANDRIEU. — No, sería demasiado placer para ti. ¿Pero no tienes hambre?

CLOCHET. — No.

LANDRIEU (*a PELLERIN*). — ¡Clochet no tiene hambre! (*A CLOCHET.*) Has de estar enfermo.

CLOCHET. — No tengo hambre cuando trabajo.

Se dirige a la radio y mueve el botón.

PELLERIN. — No nos aturdas la cabeza.

CLOCHET (*gruñe, se oye*). — ... ¡No les gusta la música!

PELLERIN. — ¿Qué dices?

CLOCHET. — Digo que siempre me sorprende ver gente a la que no le gusta la música.

ESCENA II

LANDRIEU - PELLERIN

PELLERIN. — No lo embromes demasiado.
 LANDRIEU. — Voy a cansarme.
 PELLERIN. — Lo que te digo... Tiene un primo con Darnand. Le envía informes. Creo que fué él el que reventó a Daubin.
 LANDRIEU. — ¡Cochina rata! Si quiere hundirme, tendrá que darse prisa, porque se me ocurre que Darnand estará frito antes que yo.
 PELLERIN. — Puede ser.
 PELLERIN *maneja los botones de la radio*.
 LANDRIEU. — ¡Ah, no! Tú no.
 PELLERIN. — Por las noticias.
 LANDRIEU (*viendo entre dientes*). — Creo que conozco las noticias.
 PELLERIN *maneja los botones de la radio*.
 VOZ DEL SPEAKER. — Al cuarto top serán exactamente las ocho horas. (*Tops. Ponen en hora los relojes.*) Queridos oyentes, dentro de unos instantes oirán ustedes nuestro concierto del domingo.
 LANDRIEU (*suspirando*). — Es cierto que estamos en domingo. (*Primeros compases de un trozo musical.*) Tuércele el pescuezo.
 PELLERIN. — El domingo tomaba mi bañito, iba a buscar una polla a Montmartre y me largaba al Touquet.
 LANDRIEU. — ¿Eso cuándo?
 PELLERIN. — ¡Oh! Antes de la guerra.
 VOZ DEL SPEAKER. — He encontrado clavos en el jardín del presbiterio. Repetimos: he encontrado...
 LANDRIEU. — ¡Idos al infierno, basuras!
 Toma una lata de conserva y la arroja en dirección al aparato.
 PELLERIN. — ¿Estás loco? Vas a romper la radio.
 LANDRIEU. — Al demonio. No quiero oír esas basuras.
 PELLERIN *mueve los botones*.
 VOZ DEL SPEAKER. — Las tropas alemanas ocupan sólidamente Cher-

Jean-Paul Sartre

PELLERIN. — Tal vez me guste la música. Pero no ésta ni aquí.
 CLOCHET. — ¿Ah, sí? Para mí, con tal de que suene... (*Con pesar.*) La habría puesto muy despacito...
 PELLERIN. — ¡No!
 CLOCHET. — Sois unos brutos. (*Una pausa.*) ¿Lo mandamos buscar?
 LANDRIEU. — ¡Pero déjanos, Dios mío! Hay que hacer pasar a tres; son casi las diez de la noche. Me pongo nervioso cuando trabajo con la barriga vacía.
 CLOCHET. — En primer lugar sólo quedan dos, porque el chico se reserva para mañana. Y además, con un poco de organización, sería posible liquidarlos en dos horas. (*Una pausa.*) Esta noche Radio Tolosa trasmite *Tosca*.
 LANDRIEU. — Al demonio. Baja a ver qué han encontrado para comer.
 CLOCHET. — Ya lo sé: pollos.
 LANDRIEU. — ¿Otra vez? Ya estoy harto de ellos. Ve a buscarme una lata de carne.
 CLOCHET (*a PELLERIN*). — ¿Y tú?
 PELLERIN. — Carne también.
 LANDRIEU. — Y después nos mandarás a alguien para que lave esto.
 CLOCHET. — ¿Qué?
 LANDRIEU. — Esto. ¡Ahí es donde sangró el griego! Está feo.
 CLOCHET. — No hay que lavar la sangre. Puede impresionar a los otros.
 LANDRIEU. — No comeré mientras haya esta porquería en el piso. (*Una pausa.*) ¿Qué esperas?
 CLOCHET. — No hay que lavar esa sangre.
 LANDRIEU. — ¿Quién manda aquí?
 CLOCHET *se encoge de hombros y sale*.

burgo y Caen. En el sector de Saint-Lô, no han podido contener un ligero avance del enemigo.

LANDRIEU. — Entendido. Apágala. *(Una pausa.)* ¿Qué harás tú?

¿A dónde irás?

PELLERIN. — ¿Qué quieres que haga? Se acabó.

LANDRIEU. — Sí. ¡Cochinos!

PELLERIN. — ¿Quiénes?

LANDRIEU. — Todos. Los alemanes también. Son todos iguales. *(Una pausa.)* Si hubiera que empezar de nuevo...

PELLERIN. — Yo creo que no lamento nada. La he pasado bien Por lo menos hasta estos últimos tiempos.

CLOCHET *vuelve con las latas de conserva.*

ESCENA III

Los MISMOS - CLOCHET - Luego UN MILICIANO

LANDRIEU. — ¿Viste, Clochet?, los ingleses han desembarcado en Niza.

CLOCHET. — ¿En Niza?

LANDRIEU. — No han encontrado resistencia. Marchan sobre Puget-Téniers.

CLOCHET *se deja caer sobre un banco.*

CLOCHET. — ¡Virgen Santa! *(PELLERIN y LANDRIEU se echan a reír.)* ¡Es un embuste! ¡No deberíais hacer esas bromas!

LANDRIEU. — Vamos. Lo pondrás esta noche en tu informe. *(Entra el MILICIANO.)* Límpieme eso. *(A PELLERIN.)* ¿Vienes a comer?

PELLERIN *se acerca, toma la lata de carne, la mira, y la deja.*
PELLERIN *(bosteza).* — Siempre me siento raro antes de empezar. *(Bosteza.)* No soy bastante ruin; sólo me irrita cuando se em-

perran. ¿A qué tipo interrogamos?

CLOCHET. — A uno alto, de treinta años, sólido. Habrá jaleo.

LANDRIEU. — Que no nos haga el juego del griego.

PELLERIN. — ¡Bah! El griego era un bruto.

LANDRIEU. — No importa. Es embromado cuando no hablan. *(Bosteza.)* Me haces bostezar. *(Una pausa. LANDRIEU mira el fondo de la lata de conserva sin hablar; luego, de golpe, al MILICIANO.)*

Bueno, ve a buscarlo.

El MILICIANO sale. Silencio. CLOCHET silba. PELLERIN va a la ventana y la abre de par en par.

CLOCHET. — No abras la ventana. Empieza a hacer fresco.

PELLERIN. — ¿Qué ventana? Ah, sí... *(Ríe.)* La abrí sin pensarlo. *Va a cerrarla.*

LANDRIEU. — Deja. Uno se ahoga aquí, necesito aire.

CLOCHET. — Como queráis.

Entran HENRI y tres MILICIANOS.

LANDRIEU. — Sentadlo. Quitadle las esposas. Atadle las manos a los brazos del sillón. *(Los MILICIANOS lo atan.)* Tu nombre.

HENRI. — Henri.

LANDRIEU. — ¿Henri qué?

HENRI. — Henri.

LANDRIEU *hace una señal. Los MILICIANOS golpean a HENRI.*

LANDRIEU. — ¿Y? ¿Cómo te llamas?

HENRI. — Me llamo Henri, eso es todo.

Le pegan.

LANDRIEU. — Basta, vais a atontarlo. ¿Edad?

HENRI. — Veintinueve años.

LANDRIEU. — ¿Profesión?

HENRI. — Antes de la guerra me dedicaba a la medicina.

PELLERIN. — Tienes instrucción, cochino. *(A los MILICIANOS.)* Pegad.

LANDRIEU. — No perdamos tiempo.

PELLERIN. — ¡Medicina! ¡Pegad, pues!

LANDRIEU. — ¡Pellerin! *(A HENRI.)* ¿Dónde está tu jefe?

HENRI. — No sé.

LANDRIEU. — Por supuesto. No, no le peguéis. ¿Fumas? Pasadle este cigarrillo: Esperad. *(Se lo pone en su propia boca, lo enciende y se lo tiende. Un MILICIANO lo planta en la boca de HENRI.)* Fuma. ¿Qué esperas? No nos dejarás con la boca abierta. Vamos, Henri,

no fanfarronees; nadie te ve. Ahorra tu tiempo y el nuestro; no te quedan tantas horas de vida.

HENRI. — Ni a vosotros.

LANDRIEU. — Para nosotros se cuentan por meses; te enterraremos. Fuma. Y reflexiona. Ya que eres instruído, muéstrate realista. Si no eres tú el que grita, será tu compañera o el mocoso.

HENRI. — Eso es asunto de ellos.

LANDRIEU. — ¿Dónde está tu jefe?

HENRI. — Trátad de hacérmelo decir.

LANDRIEU. — ¿Lo prefieres? Quítale el cigarrillo. Clochet, arrégalo.

CLOCHET. — Poned los palos en las cuerdas. *(Los milicianos deslizan dos palos en las cuerdas que oprimen las muñecas de HENRI.)* Perfecto. Las haremos girar hasta que hables.

HENRI. — No hablaré.

CLOCHET. — En seguida, no; gritarás primero.

HENRI. — Trata de hacerme gritar.

CLOCHET. — No eres humilde. Hay que ser humilde. Si caes desde demasiado alto te rompes. Dad vuelta. Lentamente. ¿Y? ¿Nada? No. Dad vuelta, dad vuelta. Esperad: empieza a sufrir. ¿Y? ¿No? Por supuesto: el dolor no existe para un tipo que tiene tu instrucción. Lo fastidioso es que se te ve en la cara. *(Dulcemente.)* Dad Sudas. Me duele por ti. *(Le enjuga el rostro con el pañuelo.)* Dad vuelta. ¿Gritará, no gritará? Te mueves. Puedes impedirte gritar, pero no mover la cabeza. ¡Cómo te duele! *(Pasa el dedo por las mejillas de HENRI.)* ¡Qué apretadas tienes las mandíbulas! ¿tienes miedo? "Si pudiera resistir un momento, sólo un momentito..."

Pero después de este momento vendrá otro y luego otro, hasta que pienses que el sufrimiento es demasiado fuerte y que es preferible despreciarse. No te soltaremos. *(Le toma la cabeza con las manos.)* Estos ojos ya no me ven. ¿Qué es lo que ven? *(Dulcemente.)* Eres hermoso. Dad vuelta. *(Una pausa. Triunfalmente.)* Vas a gritar, Henri, vas a gritar. Veo el grito que te hincha el cuello; te sube a los labios. Otro pequeño esfuerzo. Dad vuelta. *(HENRI grita.)* ¡Ah! *(Una pausa.)* Qué vergüenza has de tener. Dad vuelta. No

os detengáis. *(HENRI grita.)* Ya ves; sólo el primer grito cuesta. Ahora, muy suavemente, muy naturalmente, vas a hablar.

HENRI. — Sólo conseguirás gritos de mí.

CLOCHET. — No, Henri, no. Ya no tienes el derecho de hacerte el orgulloso. "Trata de hacerme gritar." Ya lo viste; no duró. ¿Dónde está tu jefe? Sé humilde, Henri, completamente humilde. Dínos dónde está. Bueno, ¿qué esperas? Grita o habla. Dad vueltas. Dad vueltas, santo Dios, rompedle las muñecas. Basta: cayó redondo. *(Va a buscar una botella de alcohol y un vaso. Da de beber a HENRI con suavidad.)* Bebe, pobre mártir. ¿Te sientes mejor?

Buenos, vamos a empezar. Id a buscar los aparatos.

LANDRIEU. — ¡No!

CLOCHET. — ¿Qué?

LANDRIEU se pasa la mano por la frente.

LANDRIEU. — Llevadlo al lado. Lo trabajaréis allí.

CLOCHET. — Estaremos apretados.

LANDRIEU. — Yo soy el que manda, Clochet. Ya van dos veces que te lo hago notar.

CLOCHET. — Pero...

LANDRIEU *(gritando)*. — ¿Quieres que te plante el puño en la facha?

CLOCHET. — Bueno, bueno, llevadlo.

Los MILICIANOS desatan a HENRI y lo llevan. CLOCHET los sigue.

ESCENA IV

PELLERIN - LANDRIEU

PELLERIN. — ¿Vienes?

LANDRIEU. — No. Clochet me repugna.

PELLERIN. — Charla demasiado. *(Una pausa.)* ¡Medicina! Cochino. Yo dejé el liceo a los trece años; tenía que ganarme la vida. No tuve la suerte de contar con padres ricos que me pagaran los estudios.

LANDRIEU. — Espero que hablará.

PELLERIN. — ¡Por Dios, sí, hablará!

LANDRIEU. — Es embromado cuando un tipo no habla.

HENRI grita. LANDRIEU se acerca a la puerta y la cierra. Nuevos gritos que se oyen claramente a través de la puerta. LANDRIEU va al aparato de radio y mueve el botón.

PELLERIN (estupefacto). — ¿Tú también, Landrieu?

LANDRIEU. — Son esos gritos. Hay que tener los nervios sólidos.

PELLERIN. — ¡Que grite! Es un puerco, un cochino intelectual.

(Música aguda.) No tan fuerte. Me impides oír.

LANDRIEU. — Vete con ellos. (PELLERIN vacila, luego sale.) Tiene que hablar. Es un cobarde, tiene que ser un cobarde.

Música y gritos. Los gritos cesan. Una pausa. PELLERIN vuelve a aparecer, pálido.

PELLERIN. — Detén la música.

LANDRIEU mueve el botón.

LANDRIEU. — ¿Y?

PELLERIN. — Lo matarán sin que hable.

LANDRIEU (se dirige a la puerta). — Deteneos. Traedlo aquí.

ESCENA V

LOS MISMOS - CLOCHET - LOS MILICIANOS - HENRI

PELLERIN (se acerca a HENRI). — Esto no se acabó. Volveremos, no tengas miedo. Baja los ojos. Te digo que bajes los ojos. (Le pega.) Cochino.

CLOCHET (aproximándose). — Tiende las manos, voy a ponerte las esposas. (Le pone las esposas muy suavemente.) Duele, ¿eh? ¿Duele mucho? Pobre muchachito. (Le acaricia el pelo.) Vamos, no estés tan orgulloso: gritaste, gritaste a pesar de todo. Mañana hablarás. A un gesto de LANDRIEU, los MILICIANOS llevan a HENRI.

ESCENA VI

LOS MISMOS, menos HENRI y LOS MILICIANOS

PELLERIN. — ¡Cochino!

LANDRIEU. — Es embromado.

CLOCHET. — ¿Qué?

LANDRIEU. — Es embromado un tipo cuando no habla.

CLOCHET. — Sin embargo había gritado. Había gritado... Se encoge de hombros.

PELLERIN. — Traed a la mujer.

LANDRIEU. — La mujer... Si no habla...

PELLERIN. — Bueno...

LANDRIEU. — Nada. (Con súbita violencia.) Tiene que haber uno que hable.

CLOCHET. — Al rubio es a quien hay que hacer bajar. Está a punto.

LANDRIEU. — ¿El rubio?

CLOCHET. — Sorbier. Es un cobarde.

LANDRIEU. — ¿Un cobarde? Ve a buscarlo.

CLOCHET sale.

ESCENA VII

PELLERIN - LANDRIEU

PELLERIN. — Son todos cobardes. Sólo que los hay tercios.

LANDRIEU. — ¡Pellerin! ¿Qué harías si te arrancaran las uñas?

PELLERIN. — Los ingleses no arrancan las uñas.

PELLERIN. — ¿Y los maquis?

PELLERIN. — No nos arrancarán las uñas.

LANDRIEU. — ¿Por qué?

PELLERIN. — A nosotros no pueden sucedernos esas cosas.

Vuelve CLOCHET precediendo a SORBIER.

CLOCHET. — Déjame interrogarlo.

ESCENA VIII

LOS MISMOS - CLOCHET - *Luego* SORBIER,
acompañado de MILICIANOS

CLOCHET. — Quitadle las esposas. Atadle los brazos al sillón. Bien. (*Se acerca a* SORBIER.) Sí, estás aquí. Estás aquí de nuevo en este sillón. Y nosotros estamos aquí. ¿Sabes por qué te hicimos bajar de nuevo?

SORBIER. — No.

CLOCHET. — Porque eres un cobarde y vas a cantar. ¿No eres un cobarde?

SORBIER. — Sí.

CLOCHET. — Lo ves, ya lo ves. Lo he leído en tus ojos. Muestra esos ojos bien abiertos...

SORBIER. — Tú tendrás los mismos cuando te ahorquen.

CLOCHET. — No fanfarronees, te sienta mal.

SORBIER. — Los mismos; somos hermanos. Te atraigo, ¿eh? No es a mí a quien torturas. Es a ti.

CLOCHET (*bruscamente*). — ¿Eres judío?

SORBIER (*asombrado*). — ¿Yo? No.

CLOCHET. — Te juro que eres judío. (*Hace una señal a los MILICIANOS quienes pegan a* Sorbiér.) ¿No eres judío?

SORBIER. — Sí. Soy judío.

CLOCHET. — Bueno. ¡Entonces escucha! Las uñas primero. ¡Así tendrás tiempo para reflexionar! ¡No nos corte prisa, contamos con la noche! ¿Hablarás?

SORBIER. — ¡Qué porquería!

CLOCHET. — ¿Qué es lo que dices?

SORBIER. — Digo: ¡qué porquería! Tú y yo somos porquerías.

CLOCHET (*a los MILICIANOS*). — Tomad las pinzas y empezad.

SORBIER. — ¡Dejadme! ¡Dejadme! Voy a hablar. Os diré todo lo que queráis.

CLOCHET (*a los MILICIANOS*). — Tiradle un poco de la uña, sin em-

bargo, para mostrarle que es en serio. (SORBIER *gime*.) Bueno, ¿dónde está tu jefe?

SORBIER. — Soltadme, no puedo seguir más en este sillón. ¡No puedo más! ¡No puedo más! (*Señal de* LANDRIEU. Los MILICIANOS lo *sueltan*. *Se levanta vacilando y se dirige hacia la mesa*.) Un cigarrillo.

LANDRIEU. — Después.

SORBIER. — ¿Qué es lo que queréis saber? ¿Dónde está el jefe. Yo lo sé. Los otros no lo saben; yo lo sé. Yo conocía sus secretos. Está (*señalando bruscamente un punto detrás de ellos*)... ¡ahí! (*Todo el mundo se vuelve. Salta a la ventana y se encarama sobre el alféizar*.) ¡Gané! No os acerquéis o salto. ¡Gané! ¡Gané!

CLOCHET. — No te hagas el idiota. Si hablas, quedas libre.

SORBIER. — ¡Cuentos! (*Gritando*.) ¡Eh, los de arriba! ¡Henri, Canoris, no hablé! (Los MILICIANOS se arrojan sobre él. *Salta al vacío*.) ¡Buenas noches!

ESCENA IX

CLOCHET - LANDRIEU - PELLERIN - LOS MILICIANOS

PELLERIN. — ¡Cochino! ¡Cobarde puercos!

Se inclinan asomados a la ventana.

LANDRIEU (*a los MILICIANOS*). — Bajad. Si está vivo, traedlo. Lo bajaremos en caliente, hasta que nos estalle entre las manos.

Los MILICIANOS salen. Una pausa.

CLOCHET. — Yo os había dicho que cerrarais la ventana.

LANDRIEU se le acerca y le da un puñetazo en plena cara.

LANDRIEU. — Lo pondrás en tu informe.

Una pausa. CLOCHET ha sacado el pañuelo y se limpia la boca. Los MILICIANOS vuelven.

UN MILICIANO. — ¡Espichó!

LANDRIEU. — ¡Cochino! (*A los MILICIANOS*.) Vayan a buscarme a la mujer. (Los MILICIANOS *salen*.) ¡Hablarán, maldita sea! ¡Hablarán!

TELÓN

Se vuelven hacia él y lo miran con sorpresa.

HENRI. — Nada. Porquerías.

JEAN. — Yo no hubiera podido soportarlo.

HENRI. — ¿Por qué? Es una distracción.

JEAN. — Ah, ah, ¿sí? Evidentemente no lo entiendo bien.

Silencio. HENRI se vuelve hacia CANORIS.

HENRI. — ¿Qué te parece que harán, en la vida civil?

CANORIS. — El gordo que toma notas podría ser dentista.

HENRI. — No está mal. Bueno, afortunadamente no trajo el torno. Se ríen.

JEAN (con violencia). — No os ríais. (Dejan de reír y miran a JEAN.) Lo sé; vosotros podéis reír. Tenéis derecho a reír. Y además, ya no tengo órdenes que daros. (Una pausa.) Si me hubieran dicho que un día me intimidaríais... (Una pausa.) ¿Pero cómo podéis estar contentos?

HENRI. — Uno se las arregla.

JEAN. — Por supuesto. Y sufrís por cuenta propia. Eso es lo que tranquiliza la conciencia. Estuve casado; no os lo dije. Mi mujer murió de parto. Yo me paseaba por el vestíbulo de la clínica y sabía que ella iba a morir. ¡Es parecido, todo es parecido! Hubiera querido ayudarla, no podía. Caminaba, prestaba atención para oír sus gritos. No gritaba. Le había tocado el papel mejor. A vosotros también.

HENRI. — No es culpa nuestra.

JEAN. — Ni mía. Quisiera poder ayudaros.

CANORIS. — No puedes.

JEAN. — Lo sé. (Una pausa.) Hace dos horas que la han llevado. No os han tenido tanto tiempo.

HENRI. — Es una mujer. Con las mujeres se divierten.

JEAN (estallando). — Volveré. Dentro de ocho días, dentro de un mes, volveré. Los haré castrar por mis hombres.

HENRI. — Tienes la suerte de poder odiarlos todavía.

JEAN. — ¿Suerte? Y además los odio sobre todo para distraerme.

Camina un momento, luego se le ocurre una idea; arrastra un viejo borno bajo el tragaluz.

TERCER CUADRO

El desván. FRANÇOIS, CANORIS, HENRI, sentados en el suelo unos juntos a los otros. Forman un grupo prieto y cerrado. Hablan entre sí a media voz. JEAN da vueltas alrededor de ellos con aire desdichado. De vez en cuando hace un movimiento para intervenir en la conversación, pero se contiene y continúa la marcha.

ESCENA I

FRANÇOIS - HENRI - CANORIS - JEAN

CANORIS. — Mientras me ataban los brazos, yo los miraba. Vino un tipo y me pegó. Lo miré y pensé: esta cara la vi en alguna parte. Después, se pusieron a zurrar y yo trataba de acordarme.

HENRI. — ¿Cuál es?

CANORIS. — El alto, que es tan comunicativo. Lo he visto en Grenoble. ¿Conoces a Chasières, el pastelero de la calle Longue? Vende esos cucuruchos de crema en la trastienda. Todos los domingos por la mañana el tipo salía de allí; llevaba un paquete de dulces atado con un cordón rosa. Me había fijado en él por su cochina facha. Creía que era de la policía.

HENRI. — Hubieras podido decírmelo antes.

CANORIS. — ¿Que era de la policía?

HENRI. — Que Chasières vendía cucuruchos de crema. ¿A ti también te dió charla?

CANORIS. — Ya lo creo. Se había inclinado sobre mí y me soplaban la cara.

JEAN (bruscamente). — ¿Qué te decía?

CANORIS. — Eres cargante. ¿Qué haces?

JEAN. — Quiero volver a verlo antes de que caiga la noche.

HENRI. — ¿A quién?

JEAN. — A Sorbier.

HENRI (con indiferencia). — ¡Ah!

JEAN sube sobre el hornillo y mira por el tragaluz.

JEAN. — Sigue siempre ahí. Lo dejarán pudrirse. ¿Queréis subir? Os ayudaré.

CANORIS. — ¿Para qué?

JEAN. — Sí. ¿Para qué? Me dejáis a mí los muertos.

FRANÇOIS. — Yo quiero ver.

HENRI. — No te lo aconsejo.

FRANÇOIS (a JEAN). — Ayúdame. (JEAN lo ayuda a subir. FRANÇOIS mira a su vez por el tragaluz.) Tiene... tiene el cráneo hundido.

Baja y va a acurrucarse en un rincón, todo tembloroso.

HENRI (a JEAN). — No está bien.

JEAN. — Bueno, ¿y qué? Sois tan guapos; pensé que podríais sopor-tar la vista de un cadáver.

HENRI. — Yo tal vez; el chico no. (A FRANÇOIS.) Las oraciones fú-nebres corren por cuenta de Jean. No te corresponde cargar con ese muerto. Se acabó: sobre él, el silencio. Aún tienes una parte del camino que recorrer. Ocúpate de ti.

FRANÇOIS. — Yo tendré esa cabeza aplastada, y esos ojos...

HENRI. — Es cosa que ya no te corresponde; no estarás para verte.

Una pausa. JEAN se pasea de una punta a la otra, luego vuelve a plantarse delante de CANORIS y HENRI.

JEAN. — ¿Tendré que arrancarme las uñas para volver a ser vuestro compañero?

CANORIS. — Siempre eres nuestro compañero.

JEAN. — Bien sabes que no. (Una pausa.) ¿Quién os dice que no hubiera resistido? (A HENRI.) Tal vez hubiera gritado.

HENRI. — ¿Y qué?

JEAN. — Perdonadme. Sólo tengo derecho a callar.

HENRI. — ¡Jean!... Ven a sentarte junto a nosotros. (JEAN vacila y se sienta.) Harías como nosotros si estuvieras en nuestro lugar.

Pero no tenemos las mismas preocupaciones. (JEAN se levanta bruscamente.) ¿Qué hay?

JEAN. — Mientras no la traigan no podré estarme tranquilo.

HENRI. — Ya lo ves: te mueves, te agitas; estás demasiado vivo.

JEAN. — Estuve seis meses sin decirle que la quería; a la noche, cuando la tomaba en mi brazos, apagaba la luz. Ahora está desnuda en medio de ellos y pasean sus manos por su cuerpo.

HENRI. — ¿Y qué importa? La cosa es ganar.

JEAN. — ¿Ganar qué?

HENRI. — Ganar. Hay dos equipos: uno que quiere hacer hablar al otro. (Ríe.) Es idiota. Pero es todo lo que nos queda. Si hablamos, lo perdemos todo. Han obtenido puntos porque yo grité, pero en conjunto no estamos mal colocados.

JEAN. — ¡Que ganéis, que perdáis, me da lo mismo! Es cómico. Ella tiene vergüenza de verdad; sufre de verdad.

HENRI. — ¿Y qué? Yo tuve mucha vergüenza cuando me hicieron gritar. Pero no dura. Si se calla, las manos no podrán marcarla. Son unos pobres tipos, ¿sabes?

JEAN. — Son hombres, y ella está en sus brazos.

HENRI. — Bueno. Si deseas saberlo, yo también la quiero.

JEAN. — ¿Tú?

HENRI. — ¿Por qué no? Y no tenía ganas de reír a la noche cuando subíais los dos la escalera; mira, muchas veces me pregunté si apagabas las luces.

JEAN. — ¿Tú la quieres? ¿Y puedes quedarte tranquilamente sentado?

HENRI. — Su padecimiento nos acerca. El placer que tú le dabas nos separaba aún más. Hoy estoy más cerca de ella que tú.

JEAN. — ¡No es cierto! ¡No es cierto! Ella piensa en mí mientras la torturan. Sólo piensa en mí. Soporta sufrimientos y vergüenza para no entregarme.

HENRI. — No, para ganar.

JEAN. — ¡Mientes! (Una pausa.) Dijo: cuando vuelva, sólo habrá amor en mis ojos.

Ruido de pasos en el corredor.

HENRI. — Ya vuelve. Podrás leer en sus ojos.
Se abre la puerta. HENRI se levanta.

ESCENA II

LOS MISMOS - LUCIE

JEAN y HENRI la miran en silencio. Ella pasa muy derecha, sin mirarlos y va a sentarse en la delantera de la escena. Una pausa.

LUCIE. — ¡François! (François se le acerca y se sienta arrimado a sus rodillas.) No me toques. Dáme el abrigo de Sorbier. (François recoge el abrigo.) Échamelo sobre los hombros.
Se envuelve estrechamente.

FRANÇOIS. — ¿Tienes frío?

LUCIE. — No. (Una pausa.) ¿Qué hacen? ¿Me miran? ¿Por qué no hablan entre sí?

JEAN (acercándose por detrás). — ¡Lucie!

CANORIS. — ¡Déjala!

JEAN. — ¡Lucie!

LUCIE (dulcemente). — ¿Qué quieres?

JEAN. — Me habías prometido que sólo habría amor en tus ojos.

LUCIE. — ¿Amor?

Se encoge tristemente de hombros.

CANORIS (que se ha levantado). — Deja; le hablarás dentro de un rato.

JEAN (violentamente). — Déjame en paz. Ella es mía. Me habéis largado y no tengo nada que decir; pero no me la quitaréis. (A LUCIE.)

Háblame. ¿No eres como ellos? No es posible que seas como ellos. ¿Por qué no respondes? ¿Me detestas?

LUCIE. — No te detesto.

JEAN. — Mi dulce Lucie.

LUCIE. — Nunca más seré dulce, Jean.

JEAN. — Ya no me quieres.

LUCIE. — No sé. (JEAN da un paso hacia ella). Te lo ruego, no me

toques. (Con esfuerzo.) Pienso que debo quererte todavía. Pero ya no siento mi amor. (Con fatiga.) Ya no siento absolutamente nada.

CANORIS (A JEAN). — Ven, hombre.

Lo lleva y lo obliga a sentarse cerca de él.

LUCIE (como para sí). — Todo esto no tiene gran importancia. (A FRANÇOIS.) ¿Qué hacen?

FRANÇOIS. — Se han sentado. Se dan la espalda.

LUCIE. — Bueno. (Una pausa.) Díles que no he hablado.

CANORIS. — Lo sabemos, Lucie.

LUCIE. — Bueno.

Largo silencio, luego ruido de pasos en el corredor. FRANÇOIS se incorpora gritando.

LUCIE. — ¿Qué tienes? Ah, sí, te llegó el turno. Defiéndete bien; es preciso que sientan vergüenza.

Los pasos se acercan, luego se alejan.

FRANÇOIS (se desploma sobre la rodilla de LUCIE). — ¡No puedo soportarlo más! ¡No puedo soportarlo más!

LUCIE. — ¡Mírame! (Le levanta la cabeza.) ¡Qué miedo tienes! ¿No hablarás? Responde.

FRANÇOIS. — Ya lo sé. Me quedaba un poco de coraje, pero no tendría que haberte visto. Estás aquí, despeinada, con la blusa rota y sé que te tomaron en sus brazos.

LUCIE (con violencia). — No me han tocado. Nadie me ha tocado. Yo era de piedra y no sentí sus manos. Los miraba de frente y pensaba: no pasa nada. (Con pasión.) Y no ha pasado nada. Al final me tenían miedo. (Una pausa.) François, si hablas me harán violado de verdad. Dirán: "¡Acabamos por tenerlos!" Sonreirán a sus recuerdos. Dirán: "Con la chica la pasamos bien". Es preciso hacerles sentir vergüenza: si no esperara volver a verlo, me colgaría en seguida de los barrotes de ese tragaluz. ¿Te callarás?

FRANÇOIS se encoge de hombros sin responder. Silencio.

HENRI (a media voz). — Bueno, Jean, ¿quién tenía razón? Ella quiere ganar; eso es todo.

JEAN. — ¡Cállate! ¿Por qué quieres quitármela? Estás colmado; morirás en la alegría y el orgullo. Ella es lo único que tengo y voy a vivir.

HENRI. — No quiero nada y no soy yo quien te la quita.

JEAN. — ¡Anda, anda! Continúa. Tienes todos los derechos, hasta el de torturarme: pagaste por anticipado. (*Se levanta.*) Qué seguros estáis de vosotros mismos. ¿Basta padecer en el cuerpo para tener la conciencia tranquila? (*HENRI no responde.*) ¿Pero no comprendes que soy más desdichado que todos vosotros?

FRANÇOIS (*que se ha incorporado bruscamente*). — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! (*gritando*). — ¡El más desdichado! ¡El más desdichado!

FRANÇOIS (*salta sobre JEAN*). — ¡Miradlo! ¡Pero miradlo! El más desdichado de todos nosotros. Durmió y comió. Tiene las manos libres, volverá a ver el día, vivirá. Pero es el más desdichado. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que te compadezcan? ¡Cochino!

JEAN (*que se ha cruzado de brazos*). — Está bien.

FRANÇOIS. — Todos los ruidos me sobresaltan. Ya no puedo tragar saliva, agonizo. Pero el más desdichado es él, por supuesto: yo moriré en la alegría. (*Con un estallido.*) ¡Te devolveré la felicidad, sí!

LUCIE (*levantándose bruscamente*). — ¡Francois!

FRANÇOIS. — ¡Te denunciaré! ¡Te denunciaré! ¡Te haré compartir nuestras alegrías!

JEAN (*en voz baja y rápida*). — Hazlo; no puedes saber cómo lo deseo.

LUCIE (*tomando a FRANÇOIS por la nuca y volviéndole la cabeza hacia ella*). — Mirame de frente. ¿Te atreverás a hablar?

FRANÇOIS. — ¡Atreverme! Ya salieron vuestras grandes palabras; te denunciaré, eso es todo. Será tan sencillo: se acercarán a mí, se me abrirá sola la boca, el nombre saldrá solo y estaré de acuerdo con mi boca. ¿A qué hay que atreverse? Cuando os veo pálidos y crispados, con caras de maniáticos, vuestro desprecio ya no me asusta. (*Una pausa.*) Te salvaré, Lucie. Nos dejarán la vida.

LUCIE. — No quiero esa vida.

FRANÇOIS. — Y yó la quiero. Quiero cualquier vida. La vergüenza pasa cuando la vida es larga.

CANORIS. — No te perdonarán, François. Aunque hables.

FRANÇOIS (*señalando a JEAN*). — Por lo menos lo veré sufrir.

HENRI (*se levanta y se acerca a LUCIE*). — ¿Crees que hablará?

LUCIE (*se vuelve hacia FRANÇOIS y le clava la vista*). — Sí.

HENRI. — ¿Estás segura?

Se miran.

LUCIE (*después de una larga vacilación*). — Sí.

HENRI *se dirige a FRANÇOIS. CANORIS se levanta para situarse junto a HENRI. Los dos miran a FRANÇOIS.*

HENRI. — No soy tu juez, François. Eres un chiquilín y todo este asunto es demasiado duro para ti. Creo que a tu edad yo hubiera hablado.

CANORIS. — Todo es culpa nuestra. No debíamos haberte llevado con nosotros; hay riesgos que sólo se hacen correr a los hombres. Te pedimos perdón.

FRANÇOIS (*retrocediendo*). — ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué vais a hacerme?

HENRI. — No debes hablar, François. Te matarán a pesar de todo, ya lo sabes. Y morirás en la abyección.

FRANÇOIS (*aterrado*). — Bueno, no hablaré. Os digo que no hablaré. Dejadme tranquilo.

HENRI. — Ya no tenemos confianza. Saben que eres nuestro punto débil. Se encarnizarán contigo hasta que cantes. Nuestro juego consiste en impedirte hablar.

JEAN. — ¿Creéis que os dejaré? No te asustes, pequeño. Tengo las manos libres y estoy contigo.

LUCIE (*obstruyéndole el paso*). — ¿Por qué te metes?

JEAN. — Es tu hermano.

LUCIE. — ¿Y qué? Debía morir mañana.

JEAN. — ¿Pero eres tú? Me das miedo.

LUCIE. — Tiene que callar. Los medios no importan.

FRANÇOIS. — No iréis a... (*No responden.*) Pero si os juro que

no hablaré. (No responden.) Lucie, socorro, no dejes que me hagan daño; no hablaré, te lo juro, no hablaré.

JEAN (situándose junto a François). — No lo tocaréis. François (lo mira y luego rompe a gritar). — ¡Lucie! ¡Socorro! No quiero morir aquí; esta noche, no. Henri, tengo quince años, déjame vivir. No me mates en la oscuridad. (HENRI le aprieta la garganta.) ¡Lucie! (Lucie vuelve la cabeza.) Os odio a todos.

LUCIE. — Chiquito mío, mi pobre chiquito, mi único amor, perdónanos. (Se aparta. Una pausa.) Date prisa.

HENRI. — No puedo. Me han roto casi las muñecas.

Una pausa.

LUCIE. — ¿Ya está?

HENRI. — Ha muerto.

LUCIE se vuelve y toma el cuerpo de François en sus brazos. La cabeza de François descansa sobre sus rodillas. Silencio muy largo. Luego JEAN empieza a hablar en voz baja. Toda la conversación que sigue tendrá lugar en voz baja.

JEAN. — ¿En qué os habéis convertido? ¿Por qué no habéis muerto con los otros? Me dáis horror.

HENRI. — ¿Crees que me gustó?

JEAN. — Vamos. Dentro de veinticuatro horas estarás libre de ti mismo. Yo veré todos los días a ese mocoso que pedía gracia y tu facha mientras tus manos le apretaban el cuello. (Se acerca a François y lo mira.) ¡Quince años! Ha muerto en la rabia y el miedo. (Vuelve a HENRI.) Te quería, se dormía con la cabeza sobre tu hombro; te decía: "Duerme mejor cuando estás aquí". (Una pausa.) ¡Cochino!

HENRI (a CANORIS y a LUCIE). — ¡Hablad vosotros, no me dejéis solo! ¡Lucie! ¡Canoris! ¡Vosotros lo habéis matado con mis manos! (No hay respuesta. Se vuelve hacia JEAN.) Y tú, dime, tú que me juzgas, ¿qué has hecho para defenderlo?

JEAN (con violencia). — ¿Qué podía hacer? ¿Qué me hubierais dejado hacer?

HENRI. — Tenías las manos libres, había que pegar. (Apasionada-

mente.) Si hubieras pegado..., si hubieras golpeado hasta que yo cayera...

JEAN. — ¿Las manos libres? Me habéis agarrado. Si digo una palabra, si hago un gesto: "¿Y los compañeros?" Me habéis excluido, habéis decidido mi vida como mi muerte: fríamente. No vendáis a decirme ahora que soy vuestro cómplice, sería demasiado cómodo. Vuestro testigo, eso es todo. Y declaro que sois asesinos. (Una pausa.) Lo mataste por orgullo.

HENRI. — Mientes.

JEAN. — ¡Por orgullo! Te han hecho gritar, ¿eh? Y tienes vergüenza. Quieres deslumbrarlos para redimirte; quieres conseguirte una hermosa muerte. ¿No es cierto? Quieres ganar, nos lo has dicho. Nos has dicho que querías ganar.

HENRI. — ¡No es cierto! ¡No es cierto! ¡Lucie, dile que no es cierto! (LUCIE no contesta. HENRI da un paso en su dirección.) Responde: ¿crees que lo maté por orgullo?

LUCIE. — No sé. (Una pausa; luego penosamente.) Era preciso que no hablara.

HENRI. — ¿Me odias? Era tu hermano; sólo tú tienes derecho a condenarme.

LUCIE. — No te odio. (HENRI se acerca al cuerpo que ella sostiene en sus brazos. Vivamente.) No lo toques.

HENRI se aparta lentamente y vuelve hacia CANORIS.

HENRI. — ¡Canoris! Tú no gritaste; sin embargo, querías que muriera. ¿Lo hemos matado por orgullo?

CANORIS. — Yo no tengo orgullo.

HENRI. — ¡Pero yo sí! Es cierto que lo tengo. ¿Lo maté por orgullo?

CANORIS. — Tú has de saberlo.

HENRI. — Yo... No, ya no sé. Todo ha pasado demasiado rápido y ahora está muerto. (Bruscamente.) ¡No me abandonéis! No tenéis derecho a abandonarme. Cuando puse mis manos alrededor de su cuello, me parecía que eran nuestras manos y que varios apretábamos; de otro modo nunca hubiera podido...

CANORIS. — Era preciso que muriera; si hubiese estado más cerca

de mí, habría sido yo el que hubiera apretado. En cuanto a lo que pasó en tu cabeza...

HENRI. — ¿Sí?

CANONIS. — No interesa. Nada interesa entre estas cuatro paredes. Era preciso que muriese; eso es todo.

HENRI. — Bueno. (*Se inclina sobre él y lo mira largamente; miedo, no lo tocaré. (Se inclina sobre él y lo mira largamente; luego se incorpora.)* Jean, cuando lanzamos la primera granada, ¿cuántos rehenes fusilaron? (*JEAN no responde.*) Doce. Había un chico en el montón; se llamaba Destaches. ¿Te acuerdas?; vimos los carteles en la calle des Minimes. Charbonnel quería denunciarse y tú se lo impediste.

JEAN. — ¿Y qué?

HENRI. — ¿Te preguntaste por qué se lo impediste?

JEAN. — No es lo mismo.

HENRI. — Tal vez. Mejor para ti si tus motivos eran más claros; pudiste conservar la conciencia tranquila. Pero a pesar de todo Destaches murió. Nunca más tendré yo la conciencia tranquila, nunca más hasta que me planten contra una pared con una vanda sobre los ojos. ¿Pero por qué había de quererla? Era preciso que el chico muriese.

JEAN. — No quisiera estar en tu pellejo.

HENRI (*dulcemente*). — No participas en el juego, Jean; no puedes comprender ni juzgar.

Largo silencio, luego la voz de LUCIE. Acaricia el pelo de François sin mirarlo. Por primera vez desde el comienzo de la escena habla en voz alta.

LUCIE. — Has muerto y mis ojos están secos; perdóname: no tengo más lágrimas y la muerte ya no tiene importancia. Afuera hay trescientos, acostados en el pasto, y yo también, mañana, estaré fría y desnuda, sin una mano siquiera que me acaricie el pelo. No hay nada que lamentar, ¿sabes?; tampoco la vida tiene mucha importancia. Adiós, hiciste lo que podías. Si te detuviste en el camino fué porque no contabas aún con bastantes fuerzas. Nadie tiene derecho a condenarte.

JEAN. — Nadie. (*Largo silencio. Se sienta cerca de LUCIE.*) ¡Lucie! (*Ella hace un gesto.*) No me echas, quisiera ayudarte.

LUCIE (*asombrada*). — ¿Ayudarme a qué? No necesito ayuda.

JEAN. — Sí. Creo que sí: tengo miedo de que te derrumbes.

LUCIE. — Resistiré bien hasta mañana a la noche.

JEAN. — Estás demasiado tensa, no resistirás. El coraje te abandonará de golpe.

LUCIE. — ¿Por qué te inquietas por mí? (*Lo mira.*) Estás apenado. Bueno, voy a tranquilizarte y luego te irás. Todo se ha vuelto tan simple desde que el chico ha muerto; ya sólo tengo que ocuparme de mí. Y no necesito coraje para morir, ¿sabes?; de todos modos tienes razón, no hubiera podido sobrevivirle mucho tiempo. Ahora vete; te diré adiós dentro de un rato, cuando vengas a buscarme.

JEAN. — Déjame quedarme junto a ti; me callaré si quieres, pero estaré aquí y no te sentirás sola.

LUCIE. — ¿No me sentiré sola? ¿Contigo? Oh, Jean, ¿no has comprendido? Ya no tenemos nada en común.

JEAN. — ¿Has olvidado que te quiero?

LUCIE. — La que tú querías era otra.

JEAN. — Eres tú.

LUCIE. — Yo soy otra. No me reconozco a mí misma. Algo ha debido bloquearse en mi cabeza.

JEAN. — Tal vez. Tal vez seas otra. En ese caso, es a esa otra a quien quiero y mañana querré a la muerta que serás. A ti es a quien quiero, Lucie, a ti, feliz o desdichada, viva o muerta, a ti.

LUCIE. — Bueno. Me quieres. ¿Y qué?

JEAN. — Tú también me querías.

LUCIE. — Sí. Y quería a mi hermano a quien dejé matar. Nuestro amor está tan lejos, ¿por qué vienes a hablarme de él? Realmente no tenía ninguna importancia.

JEAN. — ¡Mientes! ¡Bien sabes que mientes! Era nuestra vida, nada más y nada menos que nuestra vida. Todo lo que hemos vivido, lo vivimos entre los dos.

LUCIE. — Nuestra vida, sí. Nuestro porvenir. Vivía en la espera,

te quería en la espera. Esperaba el fin de la guerra, esperaba el día en que pudiéramos casarnos a los ojos de todos, te esperaba todas las noches: ya no tengo porvenir, ya sólo espero mi muerte y moriré sola. (*Una pausa.*) Déjame. No tenemos nada que decirnos; no sufro y no necesito consuelo.

JEAN. — ¿Crees que intento consolarte? Veo tus ojos secos y sé que tu corazón es un infierno: ni una huella de sufrimiento, ni siquiera el agua de una lágrima; todo está enrojecido al blanco. ¡Cómo has de padecer de no padecer! ¡Ah! Pensé mil veces en la tortura, lo sentí todo de antemano, pero no imaginaba que podía causar este horrible sufrimiento de orgullo. Lucie, quisiera devolverte un poco de piedad por ti misma. Si pudieras dejar estar esa cabeza rígida, si pudieras abandonarla sobre mi hombro. ¡Pero respóndeme! ¡Mírame!

LUCIE. — No me toques.

JEAN. — Lucie, es inútil; estamos pegados. Todo lo que te hicieron, nos lo hicieron a los dos; ese sufrimiento que huye de ti, es mío, te espera; si vienes a mis brazos se convertirá en *nuestro* sufrimiento. Amor mío, confía en mí y todavía podremos decir *nosotros*, seremos una pareja, lo llevaremos todo juntos, hasta tu muerte. Si pudieras encontrar una lágrima...

LUCIE (*con violencia*). — ¿Una lágrima? Sólo deseo que vengan a buscarme y que me peguen para poder seguir callando y burlándome de ellos y asustándolos. Todo es insulso aquí: la espera, tu amor, el peso de esta cabeza sobre mis rodillas. Quisiera que el dolor me devorase, quisiera arder, callarme y ver sus ojos en acecho.

JEAN (*abrumado*). — Eres un desierto de orgullo.

LUCIE. — ¿Tengo yo la culpa? En mi orgullo es donde me han herido. Los odio pero estoy en sus manos. Y yo los tengo en las mías. Me siento más cerca de ellos que de ti. (*Ríe.*) ¡Nosotros! Quieres que diga: ¡nosotros! ¿Tienes las muñecas aplastadas, como Henri? ¿Tienes llagas en las piernas, como Canoris? Vamos, es una comedia: no has sentido nada, te lo imaginas todo.

JEAN. — Las muñecas aplastadas... ¡Ah! Si eso es lo único que pedís para ser de los vuestros, se consigue pronto.

Busca a su alrededor, distingue un pesado morrillo y se apodera de él. LUCIE lanza una carcajada.

LUCIE. — ¿Qué haces?

JEAN (*extendiendo la mano derecha sobre el piso, la golpea con el morrillo que tiene en la izquierda*). — Estoy harto de oírlos ensalzar vuestros dolores como si fueran méritos. Estoy harto de mirarlos con ojos de pobre. Lo que os han hecho puedo hacerme: está al alcance de todos.

LUCIE (*riendo*). — Fracaso, es un fracaso. Puedes romperte los huesos, puedes reventarte los ojos: eres tú, eres tú el que decides tu dolor. Cada uno de los nuestros es una violación porque son otros hombres los que nos los han infligido. No nos alcanzarás.

Una pausa. JEAN arroja el morrillo y la mira. *Luego se levanta.*

JEAN. — Tienes razón; no puedo alcanzarlos: estáis juntos y yo estoy solo. No me moveré más, no os hablaré más, iré a ocultarme en la sombra y olvidaréis que existo. Supongo que es mi papel en esta historia y que debo aceptarlo como vosotros aceptáis el vuestro. (*Una pausa.*) Hace un rato se me ocurrió una idea: Pierre fué muerto cerca de la gruta de Servaz donde teníamos armas. Si me sueltan, iré a buscar su cuerpo; meteré algunos papeles en su chaqueta y lo arrastraré a la gruta. Contad cuatro horas después de mi partida y cuando reanuden el interrogatorio, reveladles el escondrijo. Encontrarán a Pierre y creerán que soy yo. Entonces creo que ya no tendrán motivos para torturarnos y que acabarán rápido con vosotros. Eso es todo. Adiós.

Se dirige al fondo. Largo silencio. Luego pasos en el corredor. Un miliciano aparece con una linterna; la pasea alrededor de la habitación.

EL MILICIANO (*viendo a François*). — ¿Qué tiene?

LUCIE. — Duerme.

EL MILICIANO (*a Jean*). — Tú, vén. Hay novedades para ti.

JEAN vacila, mira a todos los personajes con una especie de desesperación y sigue al miliciano. La puerta vuelve a cerrarse.

ESCENA III

CANORIS - HENRI - LUCIE

LUCIE. — Saldrá del paso, ¿verdad?

CANORIS. — Creo que sí.

LUCIE. — Muy bien. Una preocupación menos. Encontrará a sus iguales y todo será para bien. Venid junto a mí. (HENRI y CANORIS se aproximan.) Más cerca; ahora estamos entre nosotros. ¿Qué es lo que os detiene? (Los mira y comprende.) ¡Ah! (Una pausa.) Debía morir; bien sabéis que debía morir. Son los de abajo quienes lo han matado con nuestras manos. Venid, soy su hermana y os digo que no sois culpables. Extended vuestras manos sobre él; desde que ha muerto, es de los nuestros. Mirad qué aire duro tiene. Cierro la boca sobre un secreto. Tocadlo.

HENRI (acariciando el pelo de François). — ¡Mi niño! ¡Mi pobre niño!

LUCIE. — Te hicieron gritar. Henri, te oí. Has de tener vergüenza.

HENRI. — Sí.

LUCIE. — Siento tu vergüenza junto con tu calor. Es mi vergüenza. Yo le decía que estaba sola y le mentía. Con vosotros no me siento sola. (A CANORIS.) Tú no gritaste; es una lástima.

CANORIS. — Yo también tengo vergüenza.

LUCIE. — ¡Vaya! ¿Por qué?

CANORIS. — Cuando Henri gritó, tuve vergüenza.

LUCIE. — Está bien. Apretaos contra mí. Siento vuestros brazos y vuestros hombros, el niño pesa sobre mis rodillas. Está bien. Mañana callaré. ¡Ah, cómo callaré! Por él, por mí, por Sorbier, por vosotros. Sólo somos uno.

TELÓN

CUARTO CUADRO

Antes de levantarse el telón una voz monstruosa y vulgar canta: "Si todos los cornudos llevarán campanillas". El telón se levanta sobre el salón de clase. Es la mañana del día siguiente. PELLERIN bebe, sentado en un banco; parece derregado. En el escritorio LANDRIEU bebe; está medio borracho. CLOCHET, de pie cerca de la ventana, bostea; de vez en cuando LANDRIEU lanza una carcajada.

ESCENA I

PELLERIN - LANDRIEU - CLOCHET

PELLERIN. — ¿Por qué te ríes?

LANDRIEU (haciendo una cornetilla con la mano delante de la oreja). — ¿Qué?

PELLERIN. — ¿Por qué te ríes?

LANDRIEU (señalando el pick-up y gritando). — Por eso.

PELLERIN. — ¿Eh?

LANDRIEU. — Sí, me parece estupenda como idea.

PELLERIN. — ¿Qué idea?

LANDRIEU. — Poner campanillas a los cornudos.

PELLERIN. — ¡Oh, diablos! No entiendo nada.

Se dirige al aparato.

LANDRIEU (gritando). — No apagues. (PELLERIN hace girar el botón. Silencio.) ¿Ves, ves?

PELLERIN (desconcertado). — ¿Qué es lo que veo?

LANDRIEU. — El frío.
 PELLERIN. — ¿Tienes frío en el mes de julio?
 LANDRIEU. — Te digo que hace frío; tú no entiendes nada.
 PELLERIN. — ¿Qué me decías?
 LANDRIEU. — ¿Qué?
 PELLERIN. — A propósito de los cornudos.
 LANDRIEU. — ¿Quién te habla de cornudos? Cornudo serás tú.
 (Una pausa.) Voy a buscar el informativo.
Se levanta y se dirige al aparato de radio.

CLOCHET. — No hay.
 LANDRIEU. — ¿No hay?
 CLOCHET. — No es la hora.
 LANDRIEU. — ¡Lo veremos!
Maneja el botón. Música, barullo.

PELLERIN. — Nos aturdes.
 LANDRIEU (*dirigiéndose al aparato de radio*). — ¡Cochino! (Una pausa.) Maldita sea, escucharé a la B. B. C.; ¿qué longitud de onda?

PELLERIN. — Veintitún metros.
 LANDRIEU (*maniobra con el botón; discurso en checo*, LANDRIEU *se echa a reír*).

LANDRIEU (*riendo*). — Es checo, ¿te das cuenta? En este momento hay un checo que habla en Londres. Es grande el mundo. (*Sacude el aparato*.) ¿No puedes hablar en francés? (*Apaga*.) Dame de beber. (*PELLERIN le sirve un vaso de vino. Se le acerca y bebe*.) ¿Qué diablos hacemos aquí?

PELLERIN. — Aquí o en otra parte...

LANDRIEU. — Quisiera estar en la degollina.

PELLERIN. — ¡Hum!

LANDRIEU. — Pues sí, quisiera estar allí. (*Lo toma por las mangas de la chaqueta*.) No vengas a decirme que tengo miedo de morir.

PELLERIN. — Yo no digo nada.

LANDRIEU. — ¿Qué es la muerte, eh? ¿Qué es? En primer lugar,

hay que pasar por ella, mañana, pasado mañana o dentro de tres meses.

CLOCHET (*vivamente*). — ¡No es cierto! No es cierto. Los ingleses serán rechazados al mar.

LANDRIEU. — ¿Al mar? Los tendrás pisándote los talones a los ingleses. Aquí, en esta aldea. Y será el gran lío, el zafarrancho, tiros contra la iglesia, tiros contra la alcaldía. ¿Qué harás tú, Clochet? ¡Te meterás en el sótano! ¡Ah! ¡Ah! ¡En el sótano! ¡Cómo nos divertiremos! (*A PELLERIN*.) Una vez que uno está muerto..., se me escapó la idea. Mira, los pobres infelices de arriba caerán, bueno, no me hace ni fu ni fa. A cada uno su turno. Eso es lo que me digo. Hoy es el de ellos. Mañana el mío. ¿No es puntual? Yo soy puntual. (*Bebe*.) Somos bestias. (*A CLOCHET*.) ¿Por qué bostezas?

CLOCHET. — Me aburro.

LANDRIEU. — No tienes más que beber. ¿Acaso me aburro yo? Prefieres espiarnos, redactas tu informe mentalmente. (*Sirve un vaso de vino y lo tiende a CLOCHET*.) ¡Bebe, vamos, bebe!

CLOCHET. — No puedo, tengo enfermo el hígado.

LANDRIEU. — Beberás este vaso o lo recibirás en la cara. (*Una pausa. CLOCHET adelanta la mano, toma el vaso y bebe*.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Bestias, todas bestias, y está muy bien así! (*Se oyen pasos; alguien camina en el desván. Los tres levantan los ojos. Escuchan en silencio, luego LANDRIEU se aparta bruscamente, corre a la puerta, la abre y llama*.) ¡Corbier! ¡Corbier! (*Aparece un miliciano*.) Ve a hacerlos callar. Pégales. (*El miliciano sale, LANDRIEU cierra de nuevo la puerta y regresa junto a los otros; los tres levantan la nariz y escuchan. Silencio*.) Habrá que volver a verles la facha. Cochino día.

PELLERIN. — ¿Me necesitáis para interrogarlos?

LANDRIEU. — ¿Cómo?

PELLERIN. — Pensaba que quizá el jefe esté escondido en el bosque. Podría tomar veinte hombres y hacer una batida.

LANDRIEU (*mirándolo*). — ¿Eh? (*Una pausa. Siguen oyéndose pasos*.) Te quedarás aquí.

PELLERIN. — Bueno. (Se encoge de hombros.) Perdemos el tiempo.
LANDRIEU. — Es posible, pero lo perderemos juntos.

Miran el techo a pesar de sí mismos y cambian las réplicas si-
guientes con la cabeza levantada hasta que el ruido cesa.

CLOCHET. — Es hora de hacer bajar al mocos.

LANDRIEU. — Al diablo con el mocos. Al tipo es al que quiero
hacer hablar.

PELLERIN. — No hablarán.

LANDRIEU. — Te digo que hablarán. Son bestias, hay que saber
tratarlos. ¡Ah! No hemos pegado bastante fuerte. (Empujón en
el desván, luego silencio. LANDRIEU satisfecho.) ¿Qué me dices?
Ya están calmados. No hay nada como los métodos enérgicos.
Están visiblemente diviados.

CLOCHET. — Con todo deberías empezar por el chico.

LANDRIEU. — De acuerdo. (Se dirige hacia la puerta.) ¡Corbier!
(No hay respuesta.) ¡Corbier! (Pasos precipitados en el corredor.

CORBIER aparece.) Ve a buscar al mocos.

CORBIER. — ¿Al mocos? Lo despacharon.

LANDRIEU. — ¿Qué?

CORBIER. — Lo despacharon durante la noche. Lo encontré con la
cabeza sobre las rodillas de la hermana. Ella decía que estaba
dormido; ya está frío, con huellas de dedos en el cuello.

LANDRIEU. — ¿Eh? (Una pausa.) ¿Quién era el que caminaba?

CORBIER. — El griego.

LANDRIEU. — Bueno. Puedes irte.

CORBIER sale. Silencio. CLOCHET levanta a pesar suyo la cabeza
hacia el techo.

PELLERIN (estallando). — Doce balas en el pellejo, en seguida. No
verlos más.

LANDRIEU. — ¡Cállate! (Se acerca a la radio y hace girar el botón.
Vals lento. Luego vuelve al escritorio y se sirve bebida. En el
momento en que deja el vaso, ve el retrato de Pétain.) Tú ves
esto, tú ves esto pero te lavas las manos. Te sacrificas; te entregas
a Francia; los pequeños detalles que se vayan al cuerno. Has en-

trado en la historia. Y nosotros «stamos metidos en la basura.
¡Porquería!

Le arroja el vaso de vino a la cara.

CLOCHET. — ¡Landrieu!

LANDRIEU. — Pon eso en tu informe. (Una pausa. Se calma con
esfuerzo. Vuelve hacia PELLERIN.) Doce balas en el pellejo sería
demasiado fácil. Es lo que ellos desean, ¿comprendes?

PELLERIN. — Mejor para ellos si es lo que desean. Pero terminar,
no verlos más.

LANDRIEU. — No quiero que espichen sin haber hablado.

PELLERIN. — Ya no tienen nada que decirnos. En las veinticuatro
horas que pasaron aquí, el jefe tuvo tiempo de tomar las de
villadiego.

LANDRIEU. — Que se vaya al diablo el jefe; quiero que hablen.

PELLERIN. — ¿Y si no hablan?

LANDRIEU. — Te digo que no te rompas los cascos.

PELLERIN. — Bueno, pues mándalos buscar.

LANDRIEU. — Naturalmente, voy a mandarlos buscar.

No se mueve. CLOCHET se echa a reír.

CLOCHET. — ¿Y si fueran mártires, eh?

LANDRIEU se dirige bruscamente a la puerta.

LANDRIEU. — Tráelos.

CORBIER (apareciendo). — ¿A los tres?

LANDRIEU. — Sí, a los tres.

CORBIER sale.

PELLERIN. — A la mujer hubieras podido dejarla arriba.

Ruido de pasos encima de las cabezas.

LANDRIEU. — Bajen. (Se dirige hacia la radio y la apaga.) Si entre-
gan al jefe, les salvo la vida.

CLOCHET. — ¡Landrieu, estás loco!

LANDRIEU. — ¡Vete al infierno!

CLOCHET. — Merecen diez veces la muerte.

LANDRIEU. — Al cuerno con lo que merecen. Quiero que cedan.

No se las darán de mártires delante de mí.

PELLERIN. — Yo..., escucha, yo no podría soportarlo. Si tuviera

que pensar que vivirán, que nos sobrevivirán quizá y que seremos toda la vida ese recuerdo en sus cabezas...

LANDRIEU. — No necesitas preocuparte. Si hablan para salvar la vida, evitarán esa clase de recuerdos. Ahí están.

PELLERIN *se levanta bruscamente y hace desaparecer debajo de la silla las botellas y los vasos. Los tres aguardan, inmóviles y de pie.*

ESCENA II

LOS MISMOS - LUCIE - HENRI - CANORIS - TRES MILICIANOS

Se miran en silencio.

LANDRIEU. — ¿Qué habéis hecho con el chico que estaba con vosotros?

No responden.

PELLERIN. — ¡Asesinos!

LANDRIEU. — Cállate. (*A los demás.*) Quería hablar, ¿eh? Y vosotros quisisteis impedirselo.

LUCIE (*violentamente*). — No es cierto. No quería hablar. Nadie quería hablar.

LANDRIEU. — ¿Y entonces?

HENRI. — Era demasiado joven. No valía la pena dejarlo sufrir.

LANDRIEU. — ¿Quién de vosotros lo ha estrangulado?

CANORIS. — Lo decidimos juntos y somos todos responsables.

LANDRIEU. — Está bien. (*Una pausa.*) Si dais los informes pedidos os perdonó la vida.

CLOCHET. — ¡Landrieu!

LANDRIEU. — He dicho que a callar. (*A los otros.*) ¿Aceptáis?

(*Una pausa.*) ¿Y? ¿Sí o no? (*Guardan silencio.* LANDRIEU *está desconcertado.*) ¿Os negáis? ¿Dáis tres vidas para salvar una?

¿Qué absurdo. (*Una pausa.*) ¡Es la vida lo que os ofrezco! ¡La vida! ¡La vida! ¿Sois sordos?

Silencio; luego LUCIE se adelanta hacia ellos.

LUCIE. — ¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! Este momento com-

pensa muchas cosas. Me enorgullezco recordando todo lo que quise olvidar anoche. Me arrancaron el vestido. (*Mostrando a CLOCHET.*) Éste pesaba sobre mis piernas. (*Mostrando a LANDRIEU.*) Este me sujetaba los brazos. (*Mostrando a PELLERIN.*) Y éste me tomó por la fuerza. Puedo decirlo ahora, puedo gritarlo: me habéis violado y tenéis vergüenza. Estoy lavada. ¿Dónde están vuestras pinzas y tenazas? ¿Dónde están vuestros látigos? Esta mañana nos suplicáis que vivamos. Y no. ¡No! Tenéis que terminar con el asunto.

PELLERIN. — ¡Basta! ¡Basta! ¡Duro con ellos!

LANDRIEU. — ¡Deteneos! Pellerin, quizá no sea ya por mucho tiempo vuestro jefe, pero mientras yo mande, no se discutirán mis órdenes. Llevadlos.

CLOCHET. — ¿No los trabajamos un poquitito, con todo? Porque al fin todas éstas son palabras. Nada más que palabras. Viento. (*Señalando a HENRI.*) Este tipo nos llegó muy farolero ayer y lo hicimos gritar como una mujer.

HENRI. — A ver si me hacéis gritar hoy.

LANDRIEU. — Trabájalos si tienes ánimo.

CLOCHET. — Oh, ¿sabes?, aunque fueran mártires no me molestaría. Me gusta el trabajo por el trabajo mismo. (*A los MILICIANOS.*) Llevadlos a las mesas.

CANORIS. — Un momento. Si aceptamos, ¿qué nos asegura que nos dejaréis con vida?

LANDRIEU. — Tenéis mi palabra.

CANORIS. — Sí. En fin, habrá que conformarse con ella. Cara o cruz. ¿Qué haréis de nosotros?

LANDRIEU. — Os enviaré a las autoridades alemanas.

CANORIS. — Que nos fusilarán.

LANDRIEU. — No. Les explicaré vuestro caso.

CANORIS. — Bueno. (*Una pausa.*) Estoy dispuesto a hablar si mis camaradas lo permiten.

HENRI. — ¡Canoris!

CANORIS. — ¿Si pudiera quedarme solo con ellos? Creo que podría convencerlos.

LANDRIEU (*mirándolo*). — ¿Por qué quieres hablar? ¿Tienes miedo de morir?

Largo silencio, luego CANORIS baja la cabeza.

CANORIS. — Sí.

LUCIE. — ¡Cobardel!

LANDRIEU. — Bueno. (*A los MILICIANOS.*) Tú ponte delante de la ventana. Y tú guarda la puerta. Vosotros venid. Tienes un cuarto de hora para decidirlos.

LANDRIEU, PELLERIN y CLOCHET *salen por la puerta del fondo.*

ESCENA III

CANORIS - LUCIE - HENRI

Durante toda la primera parte de la escena, LUCIE permanece silenciosa y parece no interesarse en el debate.

CANORIS (*va hasta la ventana y regresa. Vuelve hacia ellos y con voz viva y baja dice*). — El sol se pone. Va a llover. ¿Estáis locos? Me miráis como si se tratara de entregar al jefe. Quiero simplemente mandarlos a la gruta de Servaz como Jean nos lo aconsejó. (*Una pausa. Sonríe.*) Nos han derregado un poco, pero todavía somos perfectamente utilizables. (*Una pausa.*) ¡Vamos! Es preciso hablar: no se pueden despilfarrar tres vidas. (*Una pausa. Suavemente.*) ¿Por qué queréis morir? ¿Para qué sirve?

¡Responded, pues! ¿Para qué sirve?

HENRI. — Para nada.

CANORIS. — ¿Y entonces?

HENRI. — Estoy cansado.

CANORIS. — Yo lo estoy más todavía. Tengo quince años más que tú y me han trabajado más duro. La vida que me dejarán no es nada tan envidiable.

HENRI (*dulcemente*). — ¿Te asusta tanto la muerte?

CANORIS. — No me asusta. Les mentí hace un rato, no me asusta. Pero no tenemos derecho a morir para nada.

HENRI. — ¡Ah! ¿Por qué no? ¿Por qué no? Me rompieron las muñecas, me arrancaron la piel; ¿acaso no pagué? Hemos ganado. ¿Por qué quieres que empiece a vivir de nuevo cuando puedo morir de acuerdo conmigo mismo?

CANORIS. — Hay compañeros a quienes ayudar.

HENRI. — ¿Qué compañeros? ¿Dónde?

CANORIS. — En todas partes.

HENRI. — ¡De qué estás hablando! Si nos perdonan, nos enviarán a las minas de sal.

CANORIS. — Bueno, nos evadimos.

HENRI. — ¿Evadarte, tú? No eres más que un guiñapo.

CANORIS. — Si no soy yo, serás tú.

HENRI. — Una posibilidad sobre cien.

CANORIS. — Vale la pena correr el riesgo. Y aunque no haya evasión, hay otros hombres en las minas; viejos enfermos, mujeres que no aguantan. Nos necesitan.

HENRI. — Escucha, cuando vi al chico en el suelo, todo blanco, pensé: bueno, hice lo que hice y no lamento nada. Sólo que, claro está, en la suposición de que iba a morir al alba. Si no hubiera pensado que estaría seis horas después en el mismo montón de basura... (*Gritando.*) No quiero sobrevivirle. No quiero sobrevivir treinta años a ese mocosito. Canoris, será tan fácil; ni siquiera tendremos tiempo de mirar los caños de los fusiles. CANORIS. — No tenemos derecho a morir para nada.

HENRI. — ¿Tiene sentido vivir cuando hay hombres que te zurrian hasta romperte los huesos? Todo está negro. (*Mira por la ventana.*) Tienes razón, va a caer la lluvia.

CANORIS. — El cielo se ha cubierto enteramente. Será un buen chaparrón.

HENRI (*bruscamente*). — Era por orgullo.

CANORIS. — ¿Qué?

HENRI. — El chico. Creo que lo maté por orgullo.

CANORIS. — Qué importa; tenía que morir.

HENRI. — Arrastraré esta duda como una cadena. Durante todos

los minutos de mi vida me interrogaré a mí mismo. *(Una pausa.)*
¡No puedo! No puedo vivir.

CANORIS. — ¡Cuántas historias! Tendrás bastante que hacer con los demás, anda; olvidarás..., te ocupas demasiado de ti, Henri; quieres salvar tu vida... ¡Bah! Hay que trabajar; uno se salva de añadidura. *(Una pausa.)* Escucha, Henri; si mueres hoy, queda trazada la línea: lo mataste por orgullo, está decidido para siempre. Si vives...

HENRI. — ¿Sí?

CANORIS. — Entonces nada se ha detenido: por tu vida entera será juzgado cada uno de tus actos. *(Una pausa.)* Si te dejas matar cuando puedes seguir trabajando, no habrá nada más absurdo que tu muerte. *(Una pausa.)* ¿Los llamo?

HENRI *(señalando a Lucie)*. — Que ella decida.

CANORIS. — ¿Oyes, Lucie?

LUCIE. — ¿Decidir qué? Ah, sí. Bueno, ya está todo decidido: díles que no hablaremos y que procedan rápido.

CANORIS. — ¿Y los compañeros, Lucie?

LUCIE. — No tengo más compañeros. *(Se dirige hacia los MILICIANOS.)* ¡Id a buscarlos: no hablaremos.

CANORIS *(siguiéndola, a los MILICIANOS)*. — Quedan cinco minutos. Esperad.

LUCIE. — Cinco minutos; sí. ¿Y qué esperas? ¿Convencerme en cinco minutos?

CANORIS. — Sí.

LUCIE. — ¡Corazón puro! Tú bien puedes vivir, tienes la conciencia tranquila, te han atropellado un poco, eso es todo. A mí me han envilecido, no hay una pulgada de mi piel que no me horrice. *(A HENRI.)* Y tú que haces aspavientos porque has estrangulado a un mocosito, ¿recuerdas que ese mocosito era mi hermano y que yo no dije nada? Cargué con todo el mal; es preciso que me supriman y todo ese mal conmigo. ¡Idos! Idos a vivir ya que podéis aceptarlos. Yo me odio y deseo que después de mi muerte todo sea en la tierra como si nunca hubiese existido.

HENRI. — No te abandonaré, Lucie, y haré lo que tú decidas. *Una pausa.*

CANORIS. — Entonces tengo que salvaros a pesar de vosotros mismos.

LUCIE. — ¿Hablarás?

CANORIS. — Es preciso.

LUCIE *(violentamente)*. — Les diré que mientes y que lo has inventado todo. *(Una pausa.)* Si hubiera sabido que ibas a cantar, ¿crees que os habría dejado tocar a mi hermano?

CANORIS. — Tu hermano quería entregar a nuestro jefe y yo quiero lanzarlos sobre una pista falsa.

LUCIE. — Es lo mismo. Habrá el mismo triunfo en sus ojos.

CANORIS. — ¡Lucie! ¿Entonces dejaste morir a François por orgullo?

LUCIE. — Pierdes el tiempo. No conseguirás que tenga remordimientos.

UN MILICIANO. — Quedan dos minutos.

CANORIS. — ¡Henri!

HENRI. — Haré lo que ella decida.

CANORIS *(a Lucie)*. — ¿Por qué te preocupas de esos hombres? Dentro de seis meses se enterrarán en un sótano y la primera granada que les echen por un tragaluz pondrá punto final a toda esta historia. Es todo el resto lo que cuenta. El mundo y lo que haces en el mundo, los compañeros y lo que haces por ellos.

LUCIE. — Estoy seca, me siento sola, sólo puedo pensar en mí.

CANORIS *(suavemente)*. — ¿No lamentas realmente nada sobre la tierra?

LUCIE. — Nada. Todo está envenenado.

CANORIS. — Entonces...

Gesto resignado. Da un paso hacia los MILICIANOS. La lluvia empieza a caer; en gotas ligeras y espaciadas primero, luego en gruesas gotas presurosas.

LUCIE *(vivamente)*. — ¿Qué hay? *(En voz baja y lenta.)* La lluvia. *(Va hasta la ventana y mira caer la lluvia. Una pausa.)* Hace tres meses que no oigo el ruido de la lluvia. *(Una pausa.)* Viejo, durante todo este tiempo, hubo sol, es horrible. Ya no me acordaba,

creí que había que vivir siempre al sol. *(Una pausa.)* Caen con fuerza, habrá olor a tierra mojada. *(Empiezan a temblarle los labios.)* No quiero..., no quiero...

HENRI y CANORIS se le acercan.

HENRI. — ¡Lucie!

LUCIE. — No quiero llorar, me pondré hecha una tonta. *(HENRI toma en sus brazos.)* ¡Soltadme! *(Gritando.)* ¡Me gustaba vivir, me gustaba vivir!

Solloza sobre el hombro de HENRI.

EL MILICIANO *(adelantándose)*. — ¿Y? Es la hora.

CANORIS *(después de una mirada a LUCIE)*. — Ve a decir a tus jefes que hablaremos.

EL MILICIANO sale. *Una pausa.*

LUCIE *(recobrándose)*. — ¿Es cierto? ¿Vamos a vivir? Ya estaba del otro lado... Miradme. Sonreídme. Hace tanto tiempo que no veo sonreír. ¿Hacemos bien, Canoris? ¿Hacemos bien?

CANORIS. — Hacemos bien. Hay que vivir. *(Se adelanta hacia un MILICIANO.)* Ve a decir a tus jefes que hablaremos.

EL MILICIANO sale.

ESCENA IV

LOS MISMOS - LANDRIEU - PELLERIN - CLOCHET

LANDRIEU. — ¿Y?

CANORIS. — En el camino de Grenoble, en el mojón 42, tomad el sendero a mano derecha. Al cabo de cincuenta metros en el bosque encontraréis un soto y detrás del soto una gruta. El jefe está escondido allí con armas.

LANDRIEU *(a los MILICIANOS)*. — Diez hombres. Que salgan en seguida. Tratad de traerlo vivo. *(Una pausa.)* Llevad a los prisioneros arriba.

Los MILICIANOS hacen salir a los prisioneros. CLOCHET vacila un instante, luego se desliza detrás de ellos.

ESCENA V

LANDRIEU - PELLERIN - Luego CLOCHET

PELLERIN. — ¿Crees que han dicho la verdad?

LANDRIEU. — Naturalmente. Son estúpidos. *(Se sienta en el escritorio.)* ¿Y? Terminamos por conseguirlos. ¿Viste cómo salieron? Estaban menos orgullosos que a la entrada. *(CLOCHET vuelve. Anablemente.)* ¿Y, Clochet? ¿Los conseguimos?

CLOCHET *(frotándose las manos con aire distraído)*. — Sí, sí; los conseguimos.

PELLERIN *(d LANDRIEU)*. — ¿Los dejas vivos?

LANDRIEU. — Oh, de todos modos, ahora... *(Salva bajo las ventanillas.)* ¿Qué es eso?... *(CLOCHET ríe con aire confuso tapándose con la mano.)* Clochet, no habrás...

CLOCHET hace una señal afirmativa siempre riendo.

CLOCHET. — Pensé que era más humano.

LANDRIEU. — ¡Cochino!

Segunda salva, corre a la ventana.

PELLERIN. — Deja, hombre, no hay dos sin tres.

LANDRIEU. — No quiero...

PELLERIN. — Buena cara tendríamos a los ojos del sobreviviente.

CLOCHET. — Dentro de un instante, nadie pensará nada más de todo esto. Nadie fuera de nosotros.

Tercera salva, LANDRIEU cae sentado.

LANDRIEU. — ¡Uf!

CLOCHET se acerca a la radio y hace girar los botones. *Música.*

TELÓN